

Noelia Jiménez

La fuerza del amor

El comienzo

Blue roses I



NJ
ediciones

Noelia Jiménez Sangüesa

La fuerza del amor

El comienzo

Blue roses I



La fuerza del amor (El comienzo).

Blue roses I.

© Primera edición (septiembre de 2018).

© Noelia Jiménez Sangüesa.

© NJ ediciones.

ISBN: 9781723897375

Sello: Independently published.

Diseño de portada y maquetación: Noelia Jiménez Sangüesa.

Corrección: Lory Talbot.

Todos los derechos reservados. Queda totalmente prohibida la copia total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico sin el permiso escrito y firmado del propietario y titular del Copyright.

Para todos mis soñadores, gracias por ayudarme a cumplir mis sueños.

PRÓLOGO

Miedo a la libertad

Barcelona, 1992.

La familia Roof era originaria de los Estados Unidos, habían emigrado a España, concretamente a Barcelona, hacía ochenta años cuando un familiar consiguió trabajo como jefe en una fábrica de textiles. Gracias a aquello, la familia se hizo realmente rica y poderosa. Pero una anciana, peleada con sus hijos, los desheredó y con su muerte se llevó toda su fortuna a la tumba.

Tiempo después de aquello, la familia Roof se convirtió en una humilde familia que tenía que trabajar duro para ganarse el sueldo y poder vivir mínimamente bien. Sophie, la hija de Carol y Robert, era la única que podría ayudarles a salir de la miseria en la que sus antepasados les habían sumido. Con tan solo veintiún años la joven ya planeaba casarse, tener varios hijos y vivir eternamente enamorada del que sería su marido.

El sueño de Sophie se vio cumplido cuando conoció a Patrick, el heredero de los Hale. Gracias a la fortuna que su enlace le proporcionó a su familia, volvieron a vivir como hacía décadas lo habían hecho.

Con el tiempo, tuvieron una preciosa hija llamada Lyla, que crecía feliz y segura en el seno de ambas familias. O al menos eso parecía, ya que Sophie desconocía el error que había cometido al darse el sí quiero con Patrick Hale.

CAPÍTULO 1

Día a día

Como cada mañana desde hacía cinco años, el despertador de Sophie sonó a las ocho en punto anunciando que su hora de levantarse, e ir a trabajar, había llegado. Se levantó con parsimonia de la cama y se dirigió al diminuto cuarto de baño que había en el pasillo, justo al otro lado de su pequeño dormitorio. ¿Cuántos años llevaba soñando con vivir en un hogar mejor? Ni ella misma lo recordaba. Vivía junto a sus padres, Robert y Carol, en un pequeño piso situado en un barrio que era conocido por ser bastante pobre. Desde que tenía uso de razón, sus padres habían luchado por seguir adelante y no acabar en la calle pero, cuando Sophie cumplió los dieciséis años, tuvo que ponerse a trabajar para mejorar levemente su economía. Además de las facturas de su apartamento, los tratamientos contra el cáncer de piel de su madre no estaban resultando baratos y les costaba mucho cubrir los costes de lo que Carol necesitaba para seguir viviendo. No sabía cuánto les costaría levantar cabeza, pero al parecer el tiempo no estaba de su lado.

Con la ropa que previamente había sacado de su armario, abrió la puerta del baño y entró intentando hacer el menor ruido posible, ya que su padre había hecho el turno nocturno en la fábrica de textiles y seguramente seguiría durmiendo a pierna suelta. Cuando por fin se encontró dentro de la ducha dejó que el agua caliente corriese por su cuerpo, hasta que los gritos de su madre le hicieron apagar el grifo.

—¡Sophie por favor! —la voz cansada de Carol resonó en todo el piso y Sophie temió que su padre se despertase—. ¡El agua!

Sin responder, para no armar más escándalo, salió de la ducha una vez había terminado y se puso unos pantalones tejanos bastante desgastados y una camiseta blanca de tirantes. El verano se estaba acercando y con él la alegría de saber que sus turnos serían más llevaderos. Sophie trabajaba en una de las

cafeterías más conocidas de Barcelona. Hacía ya cinco años que George, el jefe de “La Tacita”, la había encontrado en la calle calada de la cabeza a los pies con unos cuantos currículums en la mano. Sin pensárselo dos veces la contrató como camarera, cosa de la que nunca se había arrepentido. No era fácil ignorar que, a pesar de sus viejas ropas, Sophie era una muchacha realmente bonita y George vio en ella la oportunidad de atraer a una gran clientela a la cafetería. Desde ese momento, la joven, había trabajado a jornada completa en la cafetería, para seguir ofreciéndoles a sus padres la ayuda que necesitaban para pagar las facturas y los gastos, y así no tener que vender el piso.

Cuando por fin estuvo preparada, corrió por las calles como alma que lleva el diablo para llegar a tiempo a la cafetería. George era una persona muy amable y siempre estaba dispuesto a brindarle su ayuda, pero no consentía que nadie llegase tarde a su turno. Veinte minutos y unos gramos menos más tarde, Sophie se encontraba frente a la puerta de su trabajo, dispuesta a mostrar su mejor sonrisa frente a los clientes que habitualmente visitaban el establecimiento. Nada más entrar se encontró con la inconfundible sonrisa de su mejor amigo Marcus. Se acercó a este y lo abrazó con fuerza, ya que, aunque se veían todos los días, siempre sentía que sin él su felicidad no era completa. Le miró a los ojos y, como tantas veces había hecho durante los diecisiete años que llevaban juntos, descubrió que su mirada escondía una gran noticia.

—¿Vas a contarme que ronda por esa cabecita tuya? —preguntó Sophie mientras se dirigía donde se encontraba sentado Marcus y empezaba a preparar la máquina de hacer cafés.

—Me han cogido.

Una gran sonrisa iluminó el rostro de Sophie cuando su mejor amigo le dijo aquellas tres palabras. Desde que tenía uso de razón y eran dos mocosos jugando en el parque de arena, Marcus siempre había aspirado a ser policía, pero nunca había sido capaz de superar las pruebas físicas. Aunque no tenía una complexión gruesa, era un chico que superaba, levemente, el peso que debería tener debido a su baja estatura, y eso siempre le había dificultado en el momento de hacer deporte. Sophie tomó la mano de su amigo y la estrechó con fuerza, demostrándole lo orgullosa que se sentía de él.

—¿Se lo has contado a Lorenzo? —se interesó Sophie mientras

colocaba las tazas sobre los platitos para tenerlas preparadas.

—He quedado con él aquí en media hora —dijo mirando la hora en su móvil, el cual debería cambiarse lo antes posible si no quería quedarse totalmente incomunicado.

—Por fin podrá permitirse un móvil como Dios manda, agente —dijo Sophie entre risas mientras le miraba de soslayo para ver su reacción.

—Que graciosa —respondió él sonriendo.

Antes de que le diese tiempo a contestarle, George salió del pequeño almacén que el establecimiento disponía, donde amasaban y horneaban su propio pan y sus pastas. La miró con una gran sonrisa y se acercó a ella sacudiéndola por los hombros con suavidad.

—Sin duda, mi mejor empleada —le dijo a Marcus mientras miraba de soslayo a Sophie—. Llega media hora antes de su turno y lo prepara todo para cuando empiecen a llegar los clientes. Quizás después del verano recibas un pequeño aumento.

Sophie no pudo contener su entusiasmo durante mucho tiempo y besó con fuerza la mejilla del hombre que le había cambiado la vida hacía cinco años. Unos segundos después llegaron los demás empleados y el cartel de abierto dio paso a que la clientela empezase a entrar en el local. La muchacha saludó con una gran sonrisa a los clientes más habituales, con los cuales había entablado más de una conversación poco relacionada con el ámbito profesional. Cuando el compañero que debía ocupar la barra estuvo listo, cogió su pequeña libreta para empezar a apuntar el pedido de los clientes.

Una pareja de ancianos, que se encontraba sentada en la mesa más cercana a una de las ventanas, la miró y la saludó con unas grandes sonrisas en sus rostros. Sophie se acercó a ellos y les saludó enérgicamente. Mariah y Peter eran una pareja que llevaban más de setenta años juntos y, una de las muchas mañanas que habían desayunado en la cafetería, le habían contado a Sophie cómo se habían conocido. La muchacha, a quien le encantaban las historias de amor de los demás, había escuchado su gran historia durante más de dos horas, después de que se acabase su turno. Según le contaron, se conocieron cuando ambos tenían seis años y desde entonces habían sido inseparables. Todo había empezado como un juego inocente, hasta que, con diecisiete años, decidieron comprometerse en matrimonio y estar juntos hasta el día en que la muerte les separase. A Sophie le apasionaba saber que había historias de amor que no tenían un final, y soñaba con el día en que su

príncipe azul apareciese y la hiciese completamente feliz.

Sophie salió de su ensoñación cuando la campana de la puerta sonó anunciando que un nuevo cliente había entrado en la cafetería. Se despidió de la pareja con un gesto de cabeza, después de tomarles notas, y se dirigió a la barra para darle a su compañero las instrucciones para preparar los cafés al refinado gusto de los ancianos. Minutos más tarde, Lorenzo apareció en la cafetería, con el semblante serio, y se dirigió donde su amigo se encontraba. La muchacha no pudo escuchar lo que hablaban, pero por el cambio de expresión de Lorenzo supo inmediatamente que Marcus le había dado la gran noticia. Lorenzo había entrado en las filas de la policía nada más cumplir los dieciocho años y, desde entonces, había intentado, por todos los medios, ayudar a su gran amigo para poder trabajar codo con codo defendiendo la ley. En aquel momento por fin, después de tres duros años de trabajo, ambos podrían alcanzar su meta juntos.

—¿Ya has saludado a tu nuevo camarada? —dijo Sophie mientras cogía los cafés que su compañero había dejado sobre la barra para que los llevase a las mesas correspondientes.

—Todo duro trabajo acaba dando su fruto —dijo Lorenzo a la vez que le daba varias palmadas a su amigo en la espalda.

—Esta noche iremos a tomar algo con Matilde y los demás para celebrarlo. Vendrás, ¿verdad? —le preguntó Marcus a su amiga, poniendo cara de cordero degollado.

—No me lo perdería por nada del mundo.

El turno de Sophie acabó más tarde de lo que habría esperado, así que decidió comer en el despacho de la cafetería para ahorrarse el camino de vuelta a casa antes de empezar su turno de tarde. Esta pasó realmente tranquila, al parecer el calor sofocante hacía que los viandantes decidiesen pasar su tiempo en las terrazas de los bares y en la playa. Sophie pensaba que una buena terraza ayudaría a la economía de la cafetería, pero George siempre había dicho que seguiría la tradición familiar. Para ser sinceros, a la cafetería no le hacían falta clientes extra para tener más éxito del que ya tenía.

Cuando por fin llegaron las nueve de la noche y la cafetería cerró,

Sophie recogió su parte y salió corriendo para cenar con sus padres antes de salir a tomar algo con su grupo de amigos de toda la vida. Al llegar, se encontró con que Marcus se encontraba en el salón del piso de sus padres y que había preparado una succulenta cena para todos.

—He pensado que antes de celebrarlo con los amigos, debía celebrarlo con la familia.

Esa noche, antes de salir, Sophie se sintió un poco más completa estando rodeada de toda su familia. Aunque, por mucho que lo intentase, no podía ignorar la sensación de no ser completamente feliz.

CAPÍTULO 2

Cambios inesperados

—¡Ya están aquí! —gritó Matilde entusiasmada apresurándose a abrazar con fuerza a su amiga—. Hacía mucho que no nos veíamos.

—Exagerada, os visteis hace un par de días —dijo Lorenzo negando con la cabeza provocando que todos se echasen a reír.

—Para una mujer, eso es demasiado tiempo —le contestó Matilde.

—Es cierto, tenemos muchas cosas que contarnos —ratificó Sophie.

Las mujeres se miraron, echándose a reír poco después. Debido a las carcajadas se despistaron y tuvieron que empezar a correr cuando vieron que los demás habían emprendido su camino hacia el pub que solían frecuentar. Era un local bastante pequeño, pero sus precios no eran excesivamente elevados y todos ellos se podían permitir tomarse un par de copas de vez en cuando. Al llegar, se encontraron con que el local estaba más lleno de lo normal y tuvieron que hacer media hora de cola para poder entrar. Una vez dentro, se dirigieron al lugar que solían ocupar y su camarera habitual pronto les trajo las copas sin necesidad de decirle lo que querían tomar.

Varias horas más tarde, Sophie decidió retirarse para poder descansar al menos seis horas antes de empezar su turno en la cafetería. Cuando llegó a casa, se encontró con que su padre estaba viendo la televisión y se acercó a él para ver que le pasaba. Al sentarse a su lado, comprobó que las lágrimas habían inundado el rostro de su progenitor y que sostenía una carta entre sus manos. Con cuidado, Sophie tomó la carta y la leyó con calma. El mundo se le cayó a los pies al llegar al final. Miró a su padre y tomó su mano con delicadeza.

—Me han despedido —dijo Robert con la cabeza gacha mientras las lágrimas seguían llenando sus ojos—. Al parecer, con las nuevas cámaras, tener un empleado de seguridad es suficiente y le han dado el puesto al hijo desempleado del jefe.

—Saldremos de esta papá. Siempre lo hacemos.

La chica abrazó a su padre con dulzura y apoyó la cabeza en el hombro de este. Permaneció a su lado durante unos minutos y después decidió dejarle solo para que se desahogara. Cuando llegó a su habitación y abrió la puerta, esta se descolgó dejándola agarrada solo por una bisagra. Sophie suspiró resignada y se acostó en la cama sin ni si quiera quitarse la ropa. Esperaba con ansias a que llegase el día siguiente y todo volviese a empezar.

Cuando el despertador sonó, Sophie ya estaba arreglada y preparada para irse a la cafetería. Necesitaba salir cuanto antes de casa para buscar un trabajo nocturno antes de empezar su turno. Durante el camino estuvo dejando su currículum en diferentes establecimientos que tenían horarios nocturnos. Cuando llegó a la cafetería, solo le quedaban veinte minutos para empezar el turno. Se puso el delantal y ocupó su puesto detrás de la barra como hacía cada día, para que todo estuviese preparado cuando los demás empleados llegasen.

—¿Dónde está ese brillo que tanto te caracteriza? Parece que hoy está apagado por completo —preguntó George cuando se acercó a ella, notando que algo no iba bien.

—Han despedido a mi padre porque ya no necesitan tantos vigilantes. No sabemos cómo vamos a seguir adelante a partir de ahora —le explicó Sophie secando las tazas con la misma delicadeza de siempre—. He pasado la mañana echando currículums para trabajar por las noches.

—Bueno, yo venía a darte una buena noticia, pero creo que ahora será mucho mejor para ti —George le extendió a Sophie un sobre, esta lo tomó y ahogó un grito.

El sobre contenía un pequeño cheque que marcaba una cantidad de dos mil euros y del interior de este cayó una nota que Sophie leyó con lágrimas en los ojos.

Porque la mejor empleada, la de la mejor sonrisa y la que más palabras buenas recibe de los clientes, merece darse un respiro de vez en cuando.

George.

—Es un pequeño regalo. Además me planteé lo del aumento y he decido subirte tres euros la hora y hacerlo ya mismo —le explicó su jefe mientras secaba las lágrimas de la muchacha—. No es gran cosa, pero creo que puede ayudarte a despreocuparte un poco de tu carga familiar.

Sophie abrazó a George con cariño y le transmitió la gratitud que sentía hacia él con tan solo una mirada. El día para ella había mejorado notoriamente y sin ni siquiera esperárselo. Gracias al dinero que George le había regalado y al aumento que había decidido concederle, ya no tendría que tener otro trabajo para ayudar a su familia a seguir adelante.

Desde hacía algunos meses había días que solo hacía media jornada y aquel día solo tenía turno de mañana, así que cuando dieron las dos del medio día salió como un cohete en dirección a su casa para explicarle a su familia el gran regalo que había recibido. Sabía que con aquel dinero podrían aguantar unos meses más, hasta que su padre encontrase otro trabajo y así podrían pagar los tratamientos de su madre sin tener que dejar de comer durante algunos días, como ya habían tenido que hacer en otras ocasiones.

Al abrir la puerta de su casa, se encontró con algo a lo que se había acostumbrado desde hacía algunos años. Varios médicos se movían de un lado para otro mientras Carol permanecía acostada en una camilla con los ojos cerrados. A veces, la medicación que le proporcionaban a su madre para intentar erradicar el cáncer de piel le provocaba graves bajadas de azúcar y tenía que permanecer algunos días en el hospital. Sophie se horrorizó al comprender que quizás a su madre no le quedaba tanto tiempo como deseaban y se acercó a ella para cogerle de la mano. Cuando lo hizo, esta abrió los ojos y le dedicó una gran sonrisa a su pequeña.

—Estoy bien —le aseguró Carol forzando una sonrisa, intentando que su hija no se preocupase por ella—, solo estaré un par de días en el hospital,

hasta que me estabilice.

—Está bien, mamá —Sophie apretó la mano de su madre con cariño y le sonrió antes de darle la noticia—. George ha decidido darme un aumento de tres euros por hora y, además, me ha ofrecido un cheque de dos mil euros por el trabajo que realizo en la cafetería.

—Siempre he dicho que puedo estar orgullosa del regalo que me hizo la vida hace veintiún años.

Y con aquellas últimas palabras, los médicos sacaron de casa a Carol y se la llevaron a la ambulancia, donde la acomodaron para trasladarla al hospital más cercano. Sophie se quedó en la puerta mientras su madre, acompañada siempre por su padre, se alejaba de su hogar. Por mucho que intentase ser fuerte, había días en los que la enfermedad de su madre la superaba, y aquel fue uno de ellos. Subió rápidamente a su habitación una vez que la ambulancia había cruzado la esquina y se tumbó boca abajo en la cama, empezando a llorar minutos después.

Parecía que cuando la vida decidía hacerles un gran regalo para ayudarles a seguir adelante con su escasez, una fuerza superior actuaba para quitarles la momentánea felicidad que habían recibido. Sophie sabía que a su madre no le quedaba mucho tiempo y, cuando el día llegase, sabía que no tendría a nadie a su lado que consiguiese sacarla de las sombras.

CAPÍTULO 3

Saldremos de esta

Habían pasado cuatro días desde que la madre de Sophie había sido ingresada en el hospital y no parecía que fuese a salir pronto. La muchacha había permanecido a su lado todos los días desde que salía de trabajar a las diez de la noche y hasta que volvía a entrar a las diez de la mañana. Cada día que pasaba notaba que su alegría se iba apagando y que le costaba más sonreír. Ella sabía que Carol acabaría poniéndose bien, siempre lo hacía, pero el hecho de tenerla tantos días alejada de casa la estaba angustiando. La enfermedad que padecía su madre no era fácil de llevar. Cada dos por tres los médicos debían acudir a su casa para controlarle las manchas que hacía seis años le habían aparecido en la piel. Desde entonces, la vida de su familia no había sido fácil y habían tenido que luchar para impedir que su madre cayese en una depresión que podría haber acabado con ellos hacía años. Con el paso de los años, habían conseguido afrontar la enfermedad de Carol con una gran sonrisa y la habían llevado lo mejor posible.

Esa mañana, mientras se dirigía al trabajo, su mente no dejaba de divagar y pensar que había una pequeña posibilidad de que su madre no volviese a abrir los ojos nunca más. Alejó esos pensamientos de su mente y entró en la cafetería sonriendo como si nada en su vida se estuviese desmoronando. Nada más entrar se encontró con la sonrisa de su amigo Lorenzo, que la esperaba sentado en la barra de la cafetería. Cabizbaja se acercó a él y apoyó su frente en el hombro de su amigo. Sophie inspiró profundamente para intentar que las lágrimas no se derramasen de sus ojos y pronto, los brazos de su amigo la estaban rodeando.

—Dentro de nada volverás a tener a tu madre en casa. Entonces te darás cuenta de que el sufrimiento y los dolores de cabeza no habrán servido de nada —Lorenzo abrazaba a su amiga, intentando transmitirle la calma y la

confianza que necesitaba en aquellos duros momentos.

—¿Y si esta es la definitiva? —preguntó ella, separándose de su amigo y dirigiéndose a su puesto de trabajo.

—Ella es fuerte. Aún tiene que darnos mucha guerra —dijo este mientras le apretaba la mano con suavidad—. Quiero que vengáis a comer Marcus y tu hoy, tengo algo que contaros. Así también te distraes un poco.

—¿Matilde trabaja hoy? —preguntó Sophie mientras se remangaba las mangas de la camisa.

—Sí, además está esperando que la llamen de un club nocturno en las afueras para el que hizo una entrevista hace unos días. Esperamos poder darle la noticia más tarde —Lorenzo estaba realmente emocionado y Sophie se dio cuenta de que debía ser algo realmente importante.

—Somos especiales, ¿eh? —dijo Sophie entre risas mientras limpiaba la barra para poder preparar las tazas.

—Sois la familia que nunca tuve.

Sophie le sonrió a su amigo en modo de agradecimiento y se dispuso a preparar la cafetería como hacía cada día. Ese día, al volver a tener turno de mañana, no le importó acordar con Lorenzo que se verían a las dos en el nuevo piso que había alquilado con Lorain, su pareja desde hacía varios años.

Aunque Sophie siempre había sentido atracción hacia su compañero, esta desapareció cuando su amigo conoció a Lorain y demostró estar realmente enamorado de ella. Al principio pensó que su corazón se había roto en cientos de pedazos, pero rápidamente se dio cuenta de que, lo que realmente importaba, era la felicidad de su amigo.

Acabado el turno, se dirigió al exterior de la cafetería para encontrarse con su gran amigo Marcus, quien también asistiría a la comida que había planeado Lorenzo. Al parecer, su amigo, tenía algo que contarles, y había decidido celebrar una comida para hacerlo cuanto antes.

—¿Sabes de que va todo esto? —preguntó Marcus mientras emprendían el camino que les llevaría a casa de su amigo.

—No, la verdad —dijo Sophie mientras caminaba pensativa. No era capaz de quitarse a su madre de la cabeza—. Simplemente me dijo que tenía algo importante que contaros. ¿Crees que le habrá pedido matrimonio a Lorain?

—¿Lorenzo? ¡Ni de coña! —contestó Marcus entre risas mientras pasaba su brazo por los hombros de su gran amiga, abrazándola con cariño—.

Sabes como es y no sería capaz de hacerlo sin desmayarse.

Ambos rieron ante la imagen de su amigo pidiéndole matrimonio a la mujer de la que llevaba dos años enamorado, puesto que era demasiado cortado para hacer algo así. En el grupo siempre habían pensado que si algún día contraía matrimonio con Lorain, sería porque ella se lo hubiese pedido a él.

Durante el camino fueron hablando de trivialidades, intentando que Sophie no le diese vueltas a la situación que vivían en su casa. Unos minutos más tarde se encontraban frente al pequeño edificio donde Lorenzo y Lorain habían decidido empezar a vivir su independencia. Nada más entrar se encontraron con una gran mesa repleta de distintas comidas adornada en tonos rosas. Sophie y Marcus se miraron sin entender nada, pero inmediatamente apareció Lorain para recibirlos.

—¡Por fin habéis llegado! —sus pequeños brazos rodearon los cuerpos de sus amigos y estos no pudieron evitar sonreír. Lorain era la típica persona que te hacía sentir bien con tan solo una mirada.

—¿Qué es todo esto? Parece el salón de una princesa —dijo Marcus entre risas mientras se sentaba frente a un plato decorado con plumas en tonos rosas y lilas.

—Esto no es nada comparado a lo que se nos viene.

Lorenzo hizo su aparición en el salón con una gran sonrisa dibujada en el rostro. Se acercó a su novia, la abrazó por detrás y depositó un beso en su mejilla. Parecían nerviosos y emocionados al mismo tiempo, cosa que estaba provocado que Sophie y Marcus empezasen a sudar al no saber qué esperarse.

—Vamos a ser papás.

Y así, sin más, Lorenzo soltó la gran bomba que cambiaría la vida del grupo por completo. ¡Un bebé! Sophie no pudo evitar que sus ojos se llenasen de lágrimas e inmediatamente se lanzó a los brazos de sus amigos para llenarnos de besos y bendiciones. Marcus, que se había levantado de la mesa al escuchar la noticia, no sabía cómo reaccionar y parecía que no sabía dónde meterse. Por suerte, su gran amiga Sophie se acercó a él y le dio un pequeño golpe en el hombro para que este pudiese reaccionar por fin.

—Pero, ¿qué va a pasar con nuestras fiestas? —Marcus parecía desolado y tuvo que sentarse en el sofá para no desmayarse.

—Tranquilo, nuestra princesita y yo le daremos espacio para que no

deje a su compañero de juergas —en cuanto Marcus escuchó que el próximo miembro de la familia sería una niña, no pudo evitar que sus lágrimas abandonasen sus ojos.

—Oh, el tío Marcus ha resultado ser un *sensiblón* —dijo Sophie burlándose de su amigo mientras se sentaba a su lado y le revolvía el pelo.

—Va a acabar con nosotros —dijo Marcus entre lágrimas, sabiendo que sufrirían las consecuencias de tener una niña a la que proteger como si fuese de porcelana—. Tendremos que estar encima de ella siempre.

—A ver cuando te animas a pedirle matrimonio a Matilde y nos traéis un niño para emparejarlos —dijo Lorain con una leve risa, intentando encender todavía más a su amigo—. Así tendrá a alguien que la proteja.

La cara de Marcus se descompuso por completo y nadie pudo evitar que la risa no abandonase sus cuerpos. A partir de ese momento la vida les sería muy distinta y todos deberían amoldarse a la nueva situación. Siempre habían sido ellos cinco y parecía que la vida les iba a cambiar por completo con la llegada de la hija de Lorenzo y Lorain.

Después de comer, y de pasarse la velada riéndose de Marcus, decidieron salir a dar una vuelta y reunirse con Matilde después del trabajo para darle la buena nueva. En cuanto se lo dijeron no pudo esconder su entusiasmo, y le echó en cara a Marcus que no quisiera tener hijos. Él solo pudo encogerse de hombros y echar a andar, mientras Matilde le seguía corriendo para que no dejase de escucharla. Estaba claro que el grupo de Sophie era todo un espectáculo digno de contemplar. Con cada día que pasaba, Sophie se sentía más sola dentro del grupo y en la vida. Era la única que todavía no había encontrado pareja y, para ella, era algo de suma importancia para ser completamente feliz.

CAPÍTULO 4

El chico misterioso

Después de una semana, a partir de la gran noticia del grupo, Sophie se dirigía al hospital con una bolsa de ropa limpia para que su madre pudiese escoger lo que quería ponerse para volver por fin a casa. No era capaz de dejar de sonreír mientras caminaba apresuradamente hacia el hospital y, aunque era consciente de que todo el mundo la miraba extrañado, no le importaba en absoluto lo que pensasen de ella. Nadie podía imaginarse las ganas que tenía de volver a tener a su madre en casa, todo sería más fácil para ella sabiendo que se encontraba bien. Al llegar se encontró con su padre ayudando a su madre a hacerse una coleta alta. Le encantaba la relación que tenían sus padres y, cada vez que les miraba, soñaba con encontrar a alguien que le quisiera de esa misma forma.

—¡Cariño! —la voz de Carol estaba llena de alegría y acogió a su hija entre sus brazos cuando esta se acercó.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Sophie mientras le pasaba el macuto con la ropa.

—¿Le has traído ropa para un mes? —dijo su padre entre risas mientras abría la bolsa.

—Cállate, Robert. Las mujeres necesitamos mucho más que los hombres —Carol le miró amenazante y los tres empezaron a reír con fuerza—. Estoy mejor que nunca cielo, los médicos han dicho que es difícil que vuelva a tener otra recaída —dijo Carol con una gran sonrisa, intentando que su hija volviese a relajarse. La había visto ir de arriba para abajo durante casi dos semanas y deseaba que todo en su vida volviese a la realidad.

—Sí, pero recuerda que, aunque puedas llevar una vida normal, tienes que hacer reposo —Robert besó la frente de su mujer con dulzura y Sophie no pudo evitar sonreír al ver tan entrañable escena.

—Tranquilízate, Robert. No vas a librarte de mí tan pronto.

Sophie dejó escapar un gritito de emoción y abrazó a sus padres con todas sus fuerzas. Era un gran alivio saber que su madre por fin se encontraba bien y podría volver a llevar una vida normal. Quizás tendría que ir con cuidado con ciertas cosas, pero era difícil que volviese a encontrarse mal. Después de hablar con los médicos y acordar que en seis meses volverían a reunirse, se despidieron y llamaron a un taxi para que les llevase a casa. Nadie podía medir la felicidad que Sophie sentía en aquel momento. Durante la última semana había rezado cada noche porque su madre volviese a casa cuanto antes y por fin había llegado ese día.

Al llegar a casa, Sophie insistió en llamar a George para empezar su turno más tarde y así ayudar a sus padres a acomodarse de nuevo en casa, pero Carol no quiso que Sophie perdiese más tiempo con ella. Resignada, se despidió de sus padres y salió corriendo en dirección a la cafetería. Si se despistaba, acabaría llegando tarde. Veinte minutos más tarde se encontraba tras la barra, limpiando la encimera y preparando las tazas como hacía cada día. Sonrió ampliamente cuando los clientes empezaron a llegar y se acercó a Mariah cuando entró como cada mañana. Aunque aquella vez lo hizo sola.

—¿Dónde está Peter? —preguntó Sophie al acercarse con su libreta para tomarle nota.

—Está ingresado. Tiene pulmonía, pero no consiente que no me pase cada día por aquí —dijo Mariah con una sonrisa forzada mientras miraba a Sophie con tristeza—. Ahora mismo no puedo imaginarme la vida sin él.

—Estoy convencida de que muy pronto le tendrás de nuevo contigo. Es fuerte y puede con esto y más —Sophie colocó su mano en el hombro de la mujer y lo apretó con suavidad.

—Ahora me sería muy complicado seguir mi vida sin tenerle a mi lado —los ojos de Mariah se veían cansados y sus manos temblaban levemente.

—Tienes suerte de que Peter te quiera como lo hace. No dejará que estés sola nunca.

—Eres un ángel caído del cielo —dijo Mariah mientras le acariciaba la mano con dulzura—. Pronto aparecerá alguien que te haga feliz.

La chica sonrió con admiración y se dirigió a la barra para ordenarle a su compañero lo que había anotado previamente en la libreta. Se sentía cansada, los últimos días no había parado de ir para arriba y para abajo y notaba que las piernas podían fallarle en cualquier momento. Se apoyó contra

la barra, esperando a que su compañero le sirviese la comanda e intentó relajarse un poco.

Antes de darse cuenta su turno había terminado y se encontraba limpiando las mesas para tenerlas preparadas para la tarde. Cuando se disponía a poner el cartel de cerrado en la puerta, para poder ir a comer al almacén, un muchacho se plantó frente a ella con una tímida sonrisa. Sophie entreabrió la puerta y le miró de arriba a abajo. Iba vestido todo de negro, con una chaqueta de cuero echa a medida y unas gafas de sol que le cubrían los ojos. Notando que el muchacho no parecía tener la iniciativa suficiente para hablar primero, Sophie se apartó y le dejó entrar en la cafetería.

—Siento molestar en el final de tu turno, supongo que querrás descansar —dijo el muchacho mientras se retiraba las gafas y mostraba unos grandes ojos verdes—. Llevo muchas horas conduciendo y es la única cafetería que he encontrado en esta zona.

—No te preocupes —dijo Sophie mientras se dirigía al otro lado de la barra y ponía en marcha la cafetera—. Es difícil encontrar algo por aquí donde tomar un buen café.

—Entonces, supongo que he hecho bien en parar —la sonrisa del chico provocó que el corazón de Sophie diese un vuelco y no pudo evitar sonrojarse—. Además, una señora me ha comentado que tienen a la mejor camarera.

—Mariah —dijo Sophie con una tímida sonrisa, mientras le acercaba la taza de café—. Es una cliente habitual.

—Creo que no se equivocaba.

Sophie creía que en cualquier momento sus piernas le fallarían y que caería de bruces al suelo. Nunca había sentido que su corazón pudiese abandonar su pecho. Durante las dos horas de descanso de la chica, estuvieron hablando sobre sus aficiones y sus gustos. También hablaron sobre lo que tenían planeado para el futuro y Sophie se dio cuenta de que Patrick, que así es como se llamaba el chico misterioso, tenía las mismas ideas que ella. Pretendía encontrar al amor de su vida, casarse con ella y tener una hija. Todo antes de cumplir los veinticinco.

Patrick le contó que su familia le había abandonado cuando tan solo

tenía diez años y había tenido que buscarse las castañas él solo. Por suerte, su tío se enteró de lo sucedido y pronto le acogió en su casa, dándole la vida que cualquier niño desearía tener. Era una familia adinerada y a Patrick nunca le había faltado de nada. También le contó que hacía varios años había sacado de un orfanato, casi abandonado, a un niño con deformidad y que le había ayudado a enderezar su vida. Aunque más o menos tenían la misma edad, el niño en cuestión siempre había tratado a Patrick como si de un padre se tratase, por todo lo que había hecho por él. Cuando llegó la hora de abrir de nuevo la cafetería y Patrick se despidió de Sophie, le prometió que pasaría esa misma noche a buscarla para invitarla a cenar. Y así lo hizo.

—Así que, ¿no has estudiado? —le preguntó Patrick a Sophie mientras se llevaba su copa de vino a los labios.

Había llevado a la chica a un restaurante bastante refinado, demostrándole que estaba acostumbrado a acudir a lugares de ese calibre.

—Me fue imposible —dijo Sophie mientras miraba avergonzada a su alrededor. La gente iba vestida de etiqueta y ella llevaba sus vaqueros y camiseta blanca habitual.

—Deja de mirarles, brillas por ti misma —le dijo Patrick mientras alargaba la mano para apretar la de Sophie con mucha suavidad—. ¿Qué pasó para que no pudieses seguir estudiando después del instituto?

—Mis padres han luchado mucho para sacar lo poco que tenemos adelante —explicó Sophie mientras retorció la servilleta con sus dedos—. Cuando mi madre enfermó, me puse a trabajar para ayudarles con los gastos de la casa.

—Eres su salvadora —dijo Patrick mientras levantaba la mano para que el camarero les trajese la cuenta—. Me alegro de haber seguido el consejo de aquella anciana. Gracias a ella he encontrado a una mujer digna de admirar.

Durante toda la noche, Sophie no pudo dejar de sonrojarse por los piropos de Patrick y de reír con sus ocurrencias, hasta el punto en que creyó que nunca se recuperaría del dolor de mandíbula. Hacía años que no se sentía completa y, por fin, pudo decir que era feliz. Quizás Patrick era lo que siempre había necesitado y, por el momento, no tenía pensado dejar de intentar descubrir que podía aportarle su chico misterioso.

CAPÍTULO 5

Un nuevo comienzo

Dos semanas habían pasado desde que Sophie había conocido a Patrick y con cada día que pasaba estaba más convencida de que él era a quien siempre había estado esperando. Habían pasado cada minuto de los últimos días juntos, sin separarse el uno del otro. Patrick había empezado a ir a buscar a Sophie al trabajo, siempre acompañado de un pequeño ramo de rosas azules y no se quedaba conforme hasta que no la veía entrar en su casa. Se había ofrecido a conseguirle un trabajo en la empresa de su familia a Robert, y este, después de unas semanas de calvario, volvía a sentirse funcional. Además, había contratado a dos muchachos para que arreglasen todos los desperfectos del piso de los Roof y había vuelto a convertirlo en su hogar.

—No me puedo creer que hayas conseguido esto —le dijo Sophie a Patrick mientras abría y cerraba la puerta de su habitación.

—Teníais que empezar a vivir como merecéis y me debían algún que otro favor —explicó Patrick mientras le daba un beso en la frente y tomaba sus manos para mirarla fijamente a los ojos—. Os merecéis todo lo bueno que os pase. Sois una familia estupenda y me he sentido acogido desde el primer momento.

—Mi madre te adora, ya lo sabes —Sophie besó la mejilla de su chico con dulzura y se dirigió junto a él al exterior.

—Sí, pero me dejó muy claro que me arrancaría las pelotas si te hacía daño.

Ambos se echaron a reír y se despidieron de Carol y Robert para dirigirse hacia “La Tacita”, donde Sophie empezaría su turno en media hora. Patrick se despidió de ella y se dirigió a la oficina, donde trabajaba junto a su tío desde que se sacó la carrera de administrador de empresas. Le jodía

muchísimo tener que dejar a Sophie, pero sabía que ella necesitaba espacio y no podía arriesgarse a perderla. Ella era todo lo que siempre había buscado y no dejaría que nada, ni nadie, le separase de ella.

El último sábado del mes, los padres de Sophie invitaron a Patrick a comer en su piso para agradecerle todo lo que había hecho por ellos y, sobretodo, por haber hecho feliz a su hija. Aunque al principio Carol había temido que su hija pudiese ser solo un pasatiempo para el muchacho, pronto se dio cuenta de que Patrick era todo un caballero y que realmente se había enamorado perdidamente de ella, y que no la dejaría escapar con facilidad. Esa misma noche, al ver lo mucho que Patrick se entendía con sus padres y lo a gusto que se sentían, Sophie decidió que había llegado el momento de que su segunda familia conociese a su pareja. Organizaron una suculenta cena en el apartamento que Patrick compartía con su mejor amigo, donde citaron a todos los chicos. Aunque Sophie todavía no había tenido el placer de conocer a Leo, Patrick le contaba maravillas sobre él y le explicaba lo mucho que se habían ayudado siempre el uno al otro. La chica no podía estar más ilusionada y orgullosa por haber conocido a alguien tan atento y buena persona como Patrick, quien tenía amigos que darían la vida por él. Su felicidad había tardado, pero por fin había llegado.

—¡Hola chicos! —Sophie abrió la puerta del apartamento de Patrick con una gran sonrisa dibujada en el rostro. No podía estar más ansiosa porque sus amigos conociesen a su pareja—. ¿Os ha costado encontrar el sitio?

—¿Costado? Hemos salido tres veces de la urbanización pensando que nos habíamos metido en un complejo privado —dijo Marcus mientras lo miraba todo ensimismado, no podía creerse lo que veían sus ojos.

El apartamento de Patrick no era muy grande comparado a los de la zona, pero era mucho más amplio que los que los amigos de Sophie nunca hubiesen podido ver. El salón estaba decorado en tonos grises y blancos, haciendo así que todo mueble se viese elegante. No tenía muchos adornos, solo los suficientes para que no se viese soso ni cargado. Un sofá *cheslong* blanco ocupaba parte del salón y se situaba frente a una de las primeras televisiones de plasma que habían salido al mercado, acompañada por un DVD de última generación. El apartamento tenía tres habitaciones, dos baños

totalmente equipados y una cocina al estilo americano. Los chicos no podían creerse lo que veían y les costó un poco reaccionar cuando Patrick se colocó ante ellos con la intención de presentarse.

—Bienvenidos chicos, soy Patrick —extendió su mano hacia Marcus, quien le miraba receloso, y esperó que se la estrechase para hacer lo mismo con Lorenzo. Por suerte, este último fue más amable con él.

—Yo soy Lorenzo —dijo con una sonrisa mientras estrechaba su mano—. Ella es Lorain, mi novia, y ellos son Matilde y Marcus.

—He oído hablar mucho de vosotros, chicos. Es un placer conoceros por fin —dijo Patrick mientras les conducía al comedor para que se sentasen en la mesa—. Sophie no ha parado de hablarme de vosotros durante este tiempo.

—Nosotros podemos decir que ya eres uno de los nuestros. Creo que sabemos todo lo que hay que saber sobre ti —Lorain soltó una risita mientras miraba a Sophie, provocando que esta se sonrojase.

—¿Tanto les has hablado de mí? —preguntó Patrick con una sonrisa, mirando a su novia con admiración.

—No es para tanto —se excusó Sophie mientras se sentaba entre Patrick y su mejor amigo y miraba al plato avergonzada.

—Creo que solo nos falta saber tu grupo sanguíneo.

Todos, a excepción de Matilde, rieron sin poder evitarlo. Sophie miraba a su amiga, intentando descifrar lo que pasaba por su mente pero le era imposible cruzar su mirada con la de ella. Sabía que algo no iba bien con su amiga y esperaba poder descubrirlo pronto. Alejó los malos pensamientos y se centró en pasar una buena velada con sus amigos y Patrick, esperando que el grupo pudiese crecer y empezar a hacer cosas juntos. Sophie no pedía nada más, solo quería ser feliz de verdad.

Se encontraban de nuevo en el club que solían frecuentar, pero esta vez Patrick los acompañaba. Después de la cena habían decidido salir a tomar algo y enseñarle a Patrick el lugar al que les gustaba ir. Aunque el nuevo miembro del grupo estaba acostumbrado a asistir a lugares más selectos, no dudó ni un solo segundo en conocer el ambiente de su novia.

Al principio parecía que Patrick se sentía fuera de lugar, pero cuando

las copas empezaron a llegar a la mesa su actitud cambió por completo. Durante toda la noche, Patrick se esforzó todo lo que pudo por conocer a los amigos de Sophie y, menos Matilde y Marcus, todos parecieron satisfechos. Había algo en Patrick que a dos de los amigos de Sophie no les acababa de convencer, y no dudaban en mostrarlo. Cansada de percibir el malestar del grupo, Sophie, le pidió a Marcus que le acompañase, puesto que sabía que sería imposible hablar con Matilde. Conocía lo suficiente a su amiga para saber que su cabezonería no les permitiría tener una conversación y obtener las respuestas que necesitaba.

—¿Se puede saber que os pasa? —preguntó Sophie, mientras arrastraba a su amigo al exterior del local.

—Matilde no se siente a gusto con Patrick —explicó este mientras se retorció las manos con nerviosismo—. Hay algo de él que la intimida y la hace sentir inferior.

—¿Y a ti qué coño te pasa entonces? —Sophie estaba realmente enfadada, no entendía que pasaba por la cabeza de dos de sus mejores amigos.

—Pienso en las cosas que me dice Matilde y le doy muchas vueltas a la posibilidad de que tenga razón y que Patrick pueda hacerte daño —la preocupación se veía reflejada en los ojos de Marcus, pero Sophie no podía ver más allá de su decepción.

—Por primera vez en años tengo todo lo que he buscado y soy feliz —dijo Sophie mientras sus ojos se llenaban de lágrimas y su pequeño cuerpo empezaba a temblar—. No pienso permitir que nadie me lo estropee. Si no queréis estar a mi lado, no pienso obligaros, pero tampoco voy a estar yo al vuestro. Durante años nunca os he fallado y no pienso permitir que me paguéis con una moneda que no he cobrado.

—¿Va todo bien? —preguntó Patrick al salir del local y ver a Sophie con el rostro bañado en lágrimas.

—Sí, todo va bien.

Con aquellas últimas palabras, Sophie dio media vuelta y se dirigió de nuevo al interior del club, dejando con una difícil decisión que tomar a su mejor amigo.

CAPÍTULO 6

Todo lo bueno acaba

Cuando Sophie llegó a la cafetería aquella mañana, se dio cuenta de que el letrero de cerrado permanecía puesto y que todos se habían reunido en el interior. Al entrar, se percató de que George les estaba ofreciendo un sobre a cada empleado. Cuando vio a Sophie, la tristeza creció en su rostro y se acercó a ella cabizbajo. Una vez estuvieron frente a frente, le extendió un sobre y suspiró resignado.

—Me han ofrecido abrir una cafetería en Londres y no puedo rechazar la oportunidad —explicó George con una triste sonrisa dibujada en su rostro, viendo como el mundo de Sophie se venía abajo—. Ahora mismo no tengo suficiente dinero para mantener dos locales, así que he decidido cerrar “La Tacita” para poder perseguir mi sueño —posó la mano sobre el hombro de Sophie y la apretó con suavidad—. Sé que os dejo en la calle, pero no puedo arriesgarme a perder más de lo que ya he perdido.

—No tienes que disculparte —dijo Sophie mientras abrazaba a la persona que le había sacado de la miseria—. Has de seguir tu propio camino.

—Eres un milagro, te mereces todo lo bueno que te pase en la vida.

Con aquellas últimas palabras, Sophie abandonó el recinto y se despidió del que había sido su segundo hogar durante casi seis años. Aunque su padre trabajaba como agente de seguridad en una de las empresas de la familia de Patrick y por fin podían vivir sin problemas, a ella siempre le había complacido aportar su granito de arena en los gastos del hogar. Además, siempre le había gustado trabajar para cubrir sus necesidades y no depender económicamente de nadie. Decidió dirigirse a casa de Patrick para contarle lo que había sucedido antes de darle la noticia a su familia. Quizás él podría aconsejarle y ayudarle a no hundirse ahora que todo parecía ir bien. Cuando llegó a casa de este y la vio, supo inmediatamente que algo no iba bien.

—¿Ha pasado algo, cariño? —preguntó Patrick con la voz cargada de preocupación mientras se echaba a un lado para dejar que Sophie entrase.

—George ha decidido cerrar la cafetería. Nos ha dado un cheque por valor de dos meses de trabajo, pero esto no me ayuda en nada —dijo Sophie mientras se tapaba la cara y se dejaba caer sobre el sofá de su chico.

—Sabes que no tienes que trabajar, tengo suficiente dinero para llevar una vida tranquila. Puedo ayudar a tus padres y mantenernos a los dos sin problemas —le dijo Patrick al sentarse junto a ella, tomándole la mano con dulzura.

—No quiero que ni tu, ni nadie, me mantenga. Quiero poder valerme por mi misma —le dijo Sophie mientras suspiraba, intentando deshacerse de la pesadez de su cuerpo—. Necesito no depender de nadie para sentirme bien conmigo misma.

—Entonces, hablaré con mi tío para que te consiga un trabajo en alguna de las empresas. Siempre están buscando a gente y seguro que no le importará echarte una mano —Sophie no se dio cuenta, pero el rostro de Patrick mostraba el enfado que sentía al saber que Sophie no permitiría que él la manejase tan fácilmente.

—No, buscaré un nuevo empleo, como hice en su momento, y todo volverá a la normalidad.

La chica decidió pasar la tarde con él, intentando así no pensar en cómo le daría la noticia a sus padres. Patrick se mostró bastante reacio al hecho de que Sophie se acercase más de lo necesario a él y la apartaba con movimientos bruscos, que no habrían pasado desapercibidos para otras personas, pero sí para su novia. La ceguera que Sophie tenía hacia él no le permitía verlo, pero Patrick no soportaba que su chica le llevase la contraria y que no le permitiese tener el control absoluto sobre su vida. Él quería ser su único salvador y no pararía hasta conseguirlo.

En otro lugar del mundo, concretamente en Tokio, Leo se dirigía apresuradamente a un almacén donde Patrick guardaba todas sus pertenencias. En una habitación aislada, se encontraba el muchacho al que Patrick había rescatado del orfanato. Nadie lo sabía, pero la única función que tenía era espantar a las personas a las que Patrick les debía dinero y

deshacerse de los trapos sucios de su amo. Con Mike de su lado, el chico no tenía que preocuparse de no tener las espaldas cubiertas.

—¿Cómo te sientes hoy? —Leo entró en la habitación y se dirigió a un armario repleto de gasas, de donde sacó algunas limpias y se dirigió al lado de Leo.

—La herida ya no me duele, pero aún no puedo moverme sin que sangre —dijo Mike mientras se levantaba la camisa y le mostraba el vientre a Leo.

—Al menos ya no tiene tan mala pinta —Leo retiró las gasas manchadas de sangre y las substituyó por unas nuevas, no sin antes desinfectar la herida—. Tienes que ir con más cuidado.

—Patrick me dijo que ese tipo no podía acercarse a Sophie, pensaba contarle toda la verdad —explicó Mike mientras se acomodaba en la cama y dejaba que Leo trabajase con su herida.

—Igualmente tienes que tener cuidado y no hacer todo lo que te ordena, no eres de su propiedad —le explicó Leo una vez terminó de curarle el profundo corte que una afilada navaja le había provocado.

—Él me rescató y se lo debo —Mike hablaba con voz infantil, arrojándose con las sábanas y tapándose la cabeza con ellas para no ver a Leo—. Igual que se lo debes tú.

—Una cosa es estar en deuda con alguien y otra lo que él hace con nosotros.

El grupo de amigos de Sophie se encontraba reunido en el salón de Lorenzo y Lorain, esperaban que Sophie se presentase y, al no hacerlo, empezaron a pensar que algo iba realmente mal. Marcus consiguió ponerse en contacto con Patrick y este le explicó lo que había ocurrido con su trabajo. Cuando el mejor amigo de Sophie colgó, se dirigió a todos en la sala.

—No me gusta nada para ella —dijo mientras se sentaba sobre la mesa de café para ver de frente a sus amigos—. La tiene totalmente controlada. El otro día, en el club, tuvisteis que ver cómo se puso. Jamás había visto a Sophie así —dijo Marcus mientras suspiraba—. Parecía capaz de cualquier cosa por preservar su relación con Patrick, incluso de apartarnos de ella.

—Tenéis que pensar que por fin es feliz —Lorain se llevó las manos al vientre y sonrió con dulzura a Lorenzo—. Nunca sabes quién puede sorprenderte.

—Hay algo en su mirada —dijo Matilde mientras un escalofrío le recorría el cuerpo—. Cuando te mira... parece que pueda acabar contigo solo con hacerlo.

—Eso es porque es una persona fría y apenas nos conoce. Necesitará tiempo para incluirnos en su vida —explicó Lorenzo, intentando quitarle hierro al asunto.

—¿Fría? Ese chico esconde algo oscuro y tarde o temprano saldrá a la luz —Matilde suspiró, llevándose las manos a la cabeza intentando relajarse—. Siento decirlo pero, cuando eso suceda, yo no estaré al lado de Sophie para verlo.

Y dicho aquello se levantó y abandonó la estancia sin escuchar las palabras de sus compañeros y sin mirar atrás. Marcus se disculpó ante sus amigos y salió corriendo detrás de Matilde para intentar que entrase en razón, cosa que no sería tan fácil como pensaban.

Sophie estaba preocupada y confusa al mismo tiempo, hacía una semana que no hablaba con Matilde y ya no sabía cómo afrontar aquella situación. La había llamado, dejado cientos de mensajes, e incluso la esperó a la salida del trabajo. Pero le fue imposible dar con ella, puesto que su amiga aceptó trabajar en el club nocturno. Había intentado que Marcus las pusiera en contacto, pero este se limitaba a decirle que Matilde solo necesitaba tiempo para aceptar al nuevo integrante del grupo. Cansada de ir detrás de alguien que había demostrado que no quería su compañía, se dejó caer sobre el sofá de su casa el último día que intentó dar con la dirección del nuevo trabajo de Matilde.

—¿Va todo bien, cielo? —Carol, como siempre, había detectado que algo no iba bien con su pequeña y se sentó a su lado para escuchar sus problemas.

—Es Matilde —dijo Sophie mientras sus ojos volvían a llenarse de lágrimas—. No entiendo porqué se porta así conmigo. Desde que le presenté a Patrick no me dirige la palabra y se muestra reacia conmigo.

—¿Has hablado con ella? —preguntó Carol mientras le acariciaba el pelo a su hija.

—Lo he intentado todo, mamá. No quiere entrar en razón, al parecer Patrick no le parece lo suficientemente bueno para mí y de ahí no hay quien la saque —explicó Sophie con la voz temblorosa, no quería seguir llorando—. ¿Por qué no acepta que por fin soy feliz?

—Lo hará mi niña —Carol tomó a Sophie de las manos y la miró fijamente a los ojos—. Tarde o temprano comprenderá que Patrick es la persona que actualmente te hace feliz y volverá a tu lado. Habéis sido amigas desde que teníais cuatro años, una amistad así no se pierde fácilmente.

—Eso espero, mamá. No sé qué sería de mí si la perdiese del todo.

—A veces, una persona tiene que alejarse para darse cuenta de lo que está perdiendo.

CAPÍTULO 7

Es tu decisión

El lunes por la mañana, Patrick apareció en el portal del piso de los Roof vestido con un esmoquin de color negro y una sonrisa que podría iluminar el mundo entero. Sophie no entendía nada de lo que estaba pasando, pero se limitó a ponerse un vestido de color azul claro, que Patrick le había enviado hacía unos días, y seguir a su novio hasta un coche de caballos que había estacionado frente a la puerta de su casa. El carruaje estaba decorado con cientos de rosas azules y los caballos llevaban coronas hechas con la misma flor. Robert y Carol la miraban emocionados, pero la muchacha no era capaz de interpretar lo que estaba a punto de suceder. Confiando plenamente en Patrick, se dejó ayudar para subir al carruaje y aguardó a que su novio subiese con ella para emprender su viaje. Sophie lo miraba todo ensimismada, aún no entendía cómo había conseguido encontrar a alguien como Patrick. Era lo que siempre había soñado: un chico que la tratase y la respetase como la mujer que era.

—¿A dónde vamos? —preguntó Sophie nerviosa, viendo que se iban alejando de la ciudad—. ¿Por qué vas tan guapo? ¿Y por qué he tenido que cambiarme de ropa?

—Ten paciencia, dentro de poco lo verás —Patrick no podía dejar de sonreír, parecía que acabase de ganar un gran premio o que fuese a hacerlo próximamente.

Pasados varios minutos, el carruaje se detuvo ante una gran explanada con buenas vistas al mar. Un pequeño balcón se introducía hacia el interior del agua y dejaba que las olas rompiesen contra sus paredes. En el centro de este, una pequeña mesa con dos sillas les esperaba. Esta estaba decorada con un candelabro en el centro y parecía que la vajilla estaba por estrenar. Los cubiertos estaban bien alienados y dos copas sujetaban un pequeño sobre.

Patrick lo señaló con la cabeza e incitó a Sophie para que lo tomase y lo abriese. La muchacha, obediente, se acercó hacia la mesa y tomó el sobre para descubrir una nota en su interior. Con manos temblorosas, sostuvo la nota frente a sus ojos y empezó a leer en silencio.

Mi princesa.

Creo que ha llegado el momento de expresarte todo lo que siento por ti y lo que me has hecho experimentar durante el tiempo que llevamos juntos.

Jamás imaginé que llegaría a conocer a alguien que me haría sentir tan diferente y especial al mismo tiempo. Gracias a ti he aprendido que el mundo se convierte en un lugar diferente cuando lo compartes con alguien a quien amas y que el hogar puede no ser un lugar, sino una persona. A tu lado he aprendido que la vida no es complicada, sino que somos nosotros los que nos la complicamos intentando ser felices junto a alguien que no nos merece. Ahora que te tengo a mi lado, sé que nada volverá a fallar en mí día a día y nos hago la promesa de hacerte feliz a cada momento que pase junto a ti.

Patrick.

Cuando Sophie giró sobre sí misma para agradecerle a Patrick sus palabras, y revelarles lo que ella sentía por él, le encontró postrado de rodillas ante ella. La chica no pudo contener la emoción del momento y las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas mientras se llevaba las manos a la boca para evitar que los sollozos se escapasen de sus labios. No podía creerlo, estaba a punto de dar el primer paso en su nueva vida.

—Sé que quizás es un poco precipitado, pero siempre he escuchado que uno siente en el corazón cuando ha encontrado a la persona con la que merecerá la pena compartir la vida —empezó Patrick mientras buscaba algo en un bolsillo de su americana—. Así que: Sophie Roof, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa?

Del bolsillo interior de su chaqueta, sacó una pequeña caja blanca que abrió sin demorarse demasiado. Esta contenía un fino anillo de oro blanco con una piedra azul en el centro de este. Se notaba a la legua que Patrick había encargado el anillo para que fuese perfecto. Sophie recordó que las

rosas que Patrick le había ido regalando durante el tiempo que habían estado como novios, siempre habían sido azules y aquel detalle la emocionó todavía más. Siendo incapaz de articular palabra, alargó la mano en dirección al que parecía iba a convertirse en su prometido y dejó que este se encargase de todo el trabajo. Una vez Patrick le había colocado el anillo a Sophie, se levantó del suelo y abrazó a su chica cuando esta se tiró sobre su cuello. La felicidad que Sophie sintió en ese momento parecía indestructible. Aunque todavía no sabía lo que estaba por llegar.

Esa misma noche, los amigos de Sophie se reunieron en el piso de sus padres siguiendo la invitación de su amiga y del nuevo integrante del grupo. Nadie sabía lo que aquel encuentro les tenía preparado, pero sí veían la total felicidad reflejada en el rostro de la chica. Una vez todos estuvieron sentados a la mesa, Patrick tomó la mano de Sophie y la alzó para que todos viesen el anillo.

—No... —dijo Lorain mientras tomaba la mano de su amiga y miraba ensimismada el anillo—. ¡No puede ser que te cases antes que yo!

Todos en la sala rieron y compartieron la felicidad de los recién prometidos, felicitándoles y deseándoles lo mejor en la vida que había decidido empezar a planear juntos. Marcus se mostró muy distante durante la cena y apenas participó en la conversación, aunque nadie, excepto Sophie, se percató de aquel detalle.

Los chicos abandonaron el piso de los Roof cerca de las dos de la madrugada y decidieron encontrarse unos días más tarde para celebrar las despedidas de soltero como la ley manda. Patrick no estuvo conforme en ningún momento y Sophie, notando su reacción, le quitó hierro al asunto diciendo que todavía ni habían pensado en la fecha de la ceremonia. En aquel momento, Sophie pensó que a Patrick simplemente no le gustaban aquellas cosas, pero no se percató de que era una forma de tenerla controlada y que no se saliese del ideal de mujer con el que él siempre había soñado.

Después de varios días sin saber nada de Matilde, esta se presentó en

la puerta de Sophie con los ojos hinchados de tanto llorar. En cuanto se vieron, se fundieron en un fuerte abrazo y Sophie supo que aquello era su despedida. Decidió que lo mejor que podía hacer era dejar que su amiga se explicase, así que se hizo a un lado y la invitó a dirigirse al salón. Una vez estuvieron las dos colocadas, Matilde tomó aire y empezó a hablar sin rodeos.

—Sé que me he comportado como una cría —empezó diciendo, sin levantar la mirada de sus manos entrelazadas—, pero no he cambiado de opinión respecto a lo que pienso de Patrick. Sé que estás enamorada y que, de momento, él te hace feliz, pero créeme cuando te digo que hay algo oculto en su interior que no nos está mostrando —Matilde suspiró y tomó la mano de su amiga, mirándola por fin a los ojos—. Ojalá me equivoque, pero veo en sus ojos que algo no está bien con él y no quiero que te haga daño. Mereces ser feliz, mucho más que cualquier persona en el mundo, porque te lo has ganado a pulso, pero no considero que él sea el indicado —Sophie empezó a revolverse en su asiento, deseando poder interrumpir a su amiga, pero sabía que necesitaba dejar salir todo lo que pensaba—. No voy a decirte que elijas entre tenerme a mí a tu lado o a él, pero no puedo estar contigo mientras él siga en tu vida —Matilde aspiró profundamente e intentó tragarse las lágrimas—. Solo espero que, si de verdad las cosas son como yo las veo, te des cuenta mucho antes de que te destroce.

—Me ha pedido que me case con él —dijo Sophie cuando pareció que su amiga había terminado de expresarse.

—He de imaginar que le has dicho que sí, ¿no? —la voz de Matilde sonó temblorosa y soltó con fiereza las manos de Sophie.

—Me hace feliz. Por primera vez tengo todo lo que siempre he querido y no voy a dejarle ir por una estúpida suposición —se excusó Sophie viendo como su amiga se levantaba del sofá y se dirigía hacia la puerta de salida—. Le quiero y deseo pasar mi vida con él.

—Es tu decisión, espero no tener que ver lágrimas provocadas por él en tu rostro.

Sophie se quedó rota cuando Matilde abandonó la estancia dando un portazo. Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas y el aire empezó a abandonar sus pulmones. Se levantó apresuradamente y se dirigió a la cocina para lavarse la cara con agua fría. Acababa de perder a su mejor amiga, aunque para ella ya no era tan buena como había parecido. Inconscientemente, le había dado a elegir entre su amistad y el amor de su

vida. Si de verdad la quería como siempre había demostrado, acabaría volviendo a su lado para verla crecer y sonreír al lado de la persona de la que se había enamorado y a la cual había elegido para dar el que creía que sería el paso más importante, y difícil, de su vida.

CAPÍTULO 8

Después de tanto

Habían pasado cuatro meses desde que Sophie le dio el sí quiero al amor de su vida cuando esté le pidió matrimonio y, por fin, se encontraba preparada para dirigirse al altar. Sophie había retrasado aquel día todo lo posible, intentando que Matilde volviese a su lado, pero no lo había conseguido. Era consciente de que le faltaba alguien allí, pero no podía obligarla a asistir a un evento que no le llenaba. Su amiga había dejado de hablarle en cuanto Sophie había empezado su relación con Patrick y, desde hacía meses, no habían vuelto a saber la una de la otra. Para Sophie era realmente difícil, Matilde se había mantenido a su lado durante años y en ese momento ya no estaba. Su amiga había decidido que Patrick no era lo suficientemente bueno para Sophie y prefirió alejarse antes de ver el daño que creía que iba a ocasionarle. Al principio, y después de que Matilde se despidiese de Sophie definitivamente al enterarse de que se había prometido con Patrick, Sophie había querido arreglar las cosas con su amiga, pero Marcus le recomendó que le diese un tiempo y que le ofreciese espacio para pensar en lo que estaba haciendo. Sophie aceptó pensando que Matilde se daría cuenta de su error, pero cuatro meses después ya no estaba tan segura. Al final decidió no calentarse más la cabeza y seguir adelante con los planes que había ideado junto a su futuro marido.

No se lo podía creer, el reflejo que le devolvía el espejo no parecía el suyo propio y las lágrimas empezaban a acumularse en sus ojos. Se sentía como una princesa y se veía preparada para cualquier cosa. Todavía no podía creerse que el día con el que había soñado desde niña hubiese llegado y los nervios empezaban a traicionarla. Las manos le temblaban, por lo que tuvo que sentarse para evitar caer al suelo cuando las piernas empezaron a fallarle. Por un instante pensó en abandonar el lugar y refugiarse lejos de allí, le daba

miedo no estar a la altura de la mujer que Patrick quería en su vida y aquello la asustaba más. Se levantó de la silla con la intención de ir a mojarse la cara para relajarse, pero volvió a caer de nuevo sobre esta. Justo en ese momento, Marcus entró en la sala y negó al ver a su amiga en ese estado.

—¿Nerviosa? —preguntó Marcus inclinándose frente a su amiga y tomándola de las manos—. Sabes que aún estás a tiempo de retirarte, ¿verdad? —Marcus rió cuando Sophie le dio un manotazo en el hombro, incapaz de contestarle a su amigo y de confesarle que se lo había planteado unos segundos antes de que él entrase—. Es broma, es broma. Mira, sabes que hay algo de Patrick que no me gusta, pero veo que te hace feliz y eso es lo que importa. Sé que te duele que Matilde no haya querido venir, pero se le pasará y todo volverá a la normalidad —Sophie asintió, intentando contener las lágrimas mientras su mejor amigo le hablaba—. Ahora tienes que disfrutar de tu día y luchar porque esa sonrisa no se apague nunca. Patrick ha hecho de ti una mujer fuerte y poderosa porque te ha hecho feliz y yo no puedo estar más orgulloso de ello.

Sophie, siendo incapaz de hablar, abrazó a su amigo y se permitió desahogarse un poco. Cuando Carol y Lorain, quienes iban a ser sus damas de honor, entraron en la habitación, Sophie supo que el momento había llegado. Lorain le retocó el maquillaje con rapidez y le ayudó a ponerse el velo. Se despidió de Marcus, quien la esperaría en el altar junto a Lorenzo, y respiró profundamente para intentar deshacerse de los nervios. Se miró en el espejo por última vez y salió de la sala en busca del hombre que la llevaría hasta el amor de su vida. Al salir, se encontró con la sonrisa orgullosa de su padre, quien le esperaba para acompañarla en el paso más grande de su vida. Aunque lo habían perdido todo, habían podido recuperarse gracias al trabajo que Patrick le había ofrecido a Robert. Sophie, aunque Patrick intentaba convencerla de que no era necesario, no había dejado de buscar un nuevo trabajo desde que la cafetería había cerrado definitivamente. Por desgracia, no había tenido suerte pero aquello no le importaba, seguiría luchando por sacar a su futura familia adelante.

—Estás preciosa —Robert besó la frente de su hija con cariño y tomó su mano para acompañarla hasta el altar.

Con cada paso que daba, los nervios de Sophie fueron desapareciendo pero, cuando vio a Patrick esperándola, supo que nunca iba a volver a llorar. Apretó la mano de su padre con fuerza y, cuando este la dejó junto a su

prometido, las lágrimas volvieron a acumularse en sus ojos. Patrick se acercó a ella para retirárselas con delicadeza y besó su frente con sumo cuidado. Con tan solo una mirada, Patrick le transmitía a Sophie todo lo que sentía por ella; jamás se alejaría de su lado y haría todo lo posible por mantenerla cerca de él. Carol, que esperaba a su marido en primera fila, observaba a su hija con ilusión. Gracias al trabajo de esta y de su marido, se pudo centrar en sí misma y en recuperarse de su enfermedad. Estaba convencida de que sin el apoyo de su familia, no habría podido disfrutar del día más importante de la vida de su pequeña.

Una vez la chica se encontró frente a su prometido, examinó cada parte de su rostro intentando encontrar algún ápice de duda en cuanto a seguir adelante con la ceremonia. Para su tranquilidad, no encontró nada que le indicase que Patrick no estaba dispuesto a amarla por el resto de sus días. Cuando el cura empezó a hablar, Sophie era incapaz de escuchar nada de lo que este les decía, estaba demasiado centrada en el hombre que se encontraba frente a ella. Allí estaba y seguía sin creerlo, su vida estaba a punto de cambiar y no podía estar más orgullosa de todo lo que había conseguido. En aquel momento solo podía pensar en todas las cosas que quería hacer junto a Patrick; en cómo iban a decorar su hogar, donde iban a ir de vacaciones el primer año y como iban a llamar a su primera hija. Estaba tan sumida en sus pensamientos que, cuando el cura se dirigió a ella, todos soltaron una risita al darse cuenta de que había estado dispersa durante toda la ceremonia y que no había escuchado ninguna de las palabras que había dicho el oficiante. Notando sus mejillas arder y mirando a los ojos del que sería su compañero de vida, pronunció las palabras con la que siempre había soñado.

—Sí, quiero.

Durante la noche, los invitados bailaron, rieron y disfrutaron junto a los felices recién casados. Sophie aún mantenía la esperanza de que Matilde apareciese en algún momento, pero aquello no sucedió. Con la ayuda del resto de sus amigos y de su recién estrenado marido, consiguió dejar a un lado su malestar y disfrutó de la mejor noche de su vida. Carol lloró durante gran parte de la celebración, su pequeña se iba de su lado y no sabía cómo iba a sobrellevarlo. Por otro lado, Robert se alegraba enormemente porque su hija

hubiese encontrado a una gran persona como Patrick y que fuese a compartir el resto de su vida con él.

—Ahora tendréis que darme nietos, ¿eh? —dijo Robert entre risas mientras pasaba su brazo por encima de los hombros de su yerno, quien se retiró disimuladamente. Con cada día que pasaba, Patrick se mostraba más reacio a las muestras de cariño, aunque nadie parecía haberse dado cuenta.

—¡Papá! —le reprochó Sophie mientras le daba un leve golpe en el hombro.

—¿Qué? Te me vas demasiado pronto y yo aún no estoy preparado para dejar de criar niños.

Los presentes rieron ante las ocurrencias de Robert y pronto todos se reunieron para comentar lo que harían en los días posteriores. En ese momento, Sophie solo pensaba en pasar cada segundo al lado de su marido y no le importaba nada más. Quería tener un hijo con todas sus fuerzas, pero era algo que todavía tenía que hablar con Patrick, puesto que nunca lo habían comentado en serio. Tenía decidido que quería ser madre, pero no le importaba esperar el tiempo que Patrick necesitase.

—Enhorabuena, guapa —los brazos de Loren, la hermana de Patrick, abrazaron a la nueva integrante de su familia y esta la acogió con mucha ilusión—. Por fin estás donde siempre has querido estar, ¿cómo te sientes?

—¿Sinceramente? No lo sé —dijo Sophie dejando escapar un gran suspiro—. Tengo todo lo que siempre he deseado y no puedo describir como me siento ahora mismo.

—Supongo que así se siente la felicidad —repuso Loren con una sonrisa.

—Supongo.

En aquel momento, Sophie no sabía todo lo que estaba a punto de perder.

CAPÍTULO 9

Un viaje de ensueño

Nada más terminar con el banquete, una gran limusina blanca se estacionó frente a la masía donde habían celebrado la boda y recogió a los recién casados. Sophie no tenía la menor idea de a donde se dirigían, pero confiaba plenamente en Patrick y sabía que no la decepcionaría. Aunque los padres de Sophie habían contribuido mínimamente con los gastos de la ceremonia y habían insistido en pagar parte del viaje de novios, Patrick y su familia no permitieron que los Roof se dejasen más dinero en algo que podían pagar ellos sin ninguna dificultad. Al principio Sophie no estuvo muy convencida y también quiso contribuir con sus ahorros, pero pronto comprendió que ese dinero les iría mucho mejor a sus padres una vez se fuese de casa. Durante los últimos meses, y desde que habían fijado una fecha para la boda, Sophie había pillado a Patrick más de una vez intentando organizar el viaje de novios sin que ella se enterase de nada. Durante días, Sophie, había intentado averiguar dónde pasaría la mejor semana de su vida junto a su marido, pero no había conseguido descubrir nada. Después de mucho observar a Patrick, y seguirle a todas partes para tener una mínima idea, se rindió cuando la pilló con las manos en la masa y la persiguió corriendo por todo el centro de Barcelona. Cuando por fin logró cogerla, le hizo cosquillas sobre el césped hasta que Sophie prometió que respetaría su sorpresa. Y así lo había hecho.

Media hora después de abandonar la masía donde habían dejado a todos sus invitados, los novios llegaron al aeropuerto y dejaron la limusina a un lado. Patrick dirigió a Sophie por un pasillo bastante retirado de la gente que frecuentaba el aeropuerto y pronto llegaron a un área privada. Allí les esperaban un jet de color marfil junto a un hombre, que al parecer era el piloto. Patrick se acercó a él con una gran sonrisa y le abrazó con un cariño

que Sophie nunca había visto destinado a alguien que no fuese ella misma y, cuando por fin estuvo cerca del jet, reconoció al chico al instante.

—Leo, ¿verdad? —preguntó esta con una tímida sonrisa, mientras el muchacho la saludaba con un corto abrazo—. Patrick te tiene en muy buena estima.

—Más le vale, no sé qué sería de él sin mí.

Los muchachos se abrazaron de nuevo y caminaron juntos hacia la entrada del jet. Sophie les siguió con nerviosismo, jamás se había subido a un avión y el miedo se estaba apoderando de ella por momentos. Patrick, al ver la inseguridad de Sophie, la tomó de la mano y se la apretó con fuerza, dándole a entender que nada malo iba a pasarle mientras estuviese a su lado. Ese simple gesto dispuso la inseguridad de la chica, que subió al avión con una enorme sonrisa.

Sophie no sabía cuántas horas habían pasado desde que Patrick le había ofrecido un Diazepam para dormir durante el vuelo al ver que no conseguía relajarse, solo sabía que se encontraba en una preciosa habitación, sobre una cama mullida de sábanas blancas. Durante unos segundos lo miró todo ensimismada sin entender muy bien dónde se encontraba, hasta que comprendió como había llegado hasta allí y que aquella era su luna de miel. Se levantó de la cama con parsimonia y se dirigió al baño para lavarse la cara, intentando despejarse un poco. Al volver a la cama, vio desde la lejanía que al fondo del paisaje se encontraba un gran mar azul que estaba deseando visitar. Llamó a Patrick repetidas veces y, al ver que no daba señales, se dejó caer de nuevo sobre la cama. Se arropó entre las sábanas y bostezó, sintiéndose todavía un poco soñolienta. Sophie pensó que le costaría un par de horas más conseguir estar despejada del todo, así que no se preocupó por la localización de Patrick, hasta que la puerta se abrió de repente. Asustada, se sentó sobre la cama y miró fijamente la puerta y volvió a respirar al percatarse de que se trataba de su marido.

—Vaya, la Bella Durmiente despertó —dijo Patrick al entrar en la habitación con una bandeja repleta de comida—. Ya sé qué darte cuando te dé por reñirme sin motivo.

—¡Serás cruel! —Sophie rio mientras le daba con una almohada a su

marido en la cara, justo cuando había dejado el desayuno sobre una mesa cercana.

—¡Pero serás... ! Me las vas a pagar.

Patrick tomó a Sophie entre sus brazos y se dirigió al balcón con ella, abrió la puerta de este y la chica empezó a temer que la tirase al vacío. Y así fue, solo que Patrick saltó con ella. Sophie gritó asustada hasta que sintió como su cuerpo se hundía en el agua. Cuando consiguió salir a la superficie, miró a Patrick totalmente sorprendida y este no pudo evitar echarse a reír. Al parecer, las puertas del balcón daban a una gran piscina que rodeaba toda la casa que Patrick había alquilado para la luna de miel.

—No me puedo creer que me hayas tirado al agua —dijo Sophie entre risas mientras nadaba para volver a entrar en la habitación.

—Tú me has atacado con ese saco de plumas —se justificó Patrick mientras le pasaba una toalla a su mujer y usaba otra para secarse él mismo.

—Cambiando de tema... ¿dónde estamos? —preguntó Sophie con curiosidad mientras tomaba un cruasán de la bandeja que su marido había dejado anteriormente sobre la mesa.

—En Hawái. Tengo un amigo que alquila casas a buen precio y pensé que alejarte del día a día sería lo mejor para ti en estos momentos —Patrick besó la frente de su mujer con cariño y se separó rápidamente esperando ver la felicidad reflejada en su rostro—. Durante esta semana, todo estará centrado en ti. Tienes masajes, peluquería, manicura y pedicura para todos los días. Estas son tus primeras vacaciones y quiero que las disfrutes como Dios manda.

—¿Qué haremos durante la noche? ¿Saldremos a cenar y a visitar todo esto? —preguntó Sophie emocionada mientras se secaba el pelo con la toalla.

—Las noches me las reservo todas para mí.

La noche de bodas fue mucho más de lo que Sophie jamás hubiese imaginado. Estaba nerviosa, no podía negarlo, jamás había estado con un hombre y Patrick imponía en todos los aspectos. Cuando esa noche Sophie se encontró con la habitación repleta de pétalos de rosa azules, los nervios empezaron a pasarle factura. Se sentó sobre la cama y respiró varias veces

hasta que su marido salió del cuarto de baño vestido tan solo por sus vaqueros. Patrick le sonrió a su esposa y la tumbó sobre la cama de espaldas cuando él se tumbó sobre ella. Los besos empezaron suaves y lentos, haciendo que Sophie empezase a experimentar el placer con cada caricia que Patrick dejaba en su piel. La chica no sintió ningún dolor durante las horas que estuvo entregándose en cuerpo y alma a su marido, aunque algunas acciones de Patrick hubiesen preocupado a cualquier mujer, pero no a ella.

—¿No podéis hacerme caso por una puñetera vez en vuestra vida? —preguntó Matilde con las mejillas encendidas, la ignorancia de sus amigos cada día la cabreaba más.

—Tienes que dejarlo ya —Lorain estaba enfadada, nunca lo había estado tanto como en aquel momento—. Tú amiga, tu mejor amiga, por fin es feliz y se siente completa. ¿Tanto te cuesta dejar la mierda a un lado y darle tu bendición? Ha pasado verdaderas calamidades y ha sufrido muchísimo, sobretodo al ver cómo te alejabas de ella siguiendo tus instintos —Matilde tuvo intención de hablar, pero Lorain no tenía pensado dejarla—. ¡Cállate ya! Por el amor de Dios. Deja de mirar tu ombligo y céntrate en las personas que tienes a tu alrededor o acabarás sola mucho antes de lo previsto.

CAPÍTULO 10

El inicio de una nueva vida

—Tenemos que hablar —dijo Lorain cuando Lorenzo entró por la puerta del apartamento que habían alquilado juntos hacía ya algunos meses.

—¿Qué es todo esto? —Lorenzo se percató de que todas las cosas de su novia habían sido recogidas y que varias maletas ocupaban el centro del salón—. ¿Te vas?

—Hace meses que perdí al bebé, no sabía cómo contártelo así que he estado fingiendo el embarazo. Ya no puedo más con esto.

Aquellas palabras provocaron que el mundo de Lorenzo se rompiera en cientos de pedazos. Tener un hijo era todo lo que siempre había deseado y en ese momento aquella ilusión se esfumó. No podía creerse la frialdad de su pareja en el momento de decirle que habían perdido aquello por lo que tanto habían luchado, y mucho menos entendía cómo le podía haber estado engañando sin ninguna dificultad y sin remordimiento alguno.

—Hace meses que no me siento a gusto con la relación y creo que perder al bebé fue la señal que necesitaba para alejarme por fin de ti —explicó Lorain mientras se colgaba un pequeño bolso de viaje en el hombro—. Siempre estás de aquí para allá por trabajo y no quiero vivir en una relación donde no sé si mi pareja volverá a casa. Creo que lo mejor que podemos hacer es separarnos ahora que no nos ata nada.

La vida de Lorenzo se vio destruida cuando Lorain cogió sus maletas y abandonó el apartamento sin ni si quiera despedirse de él. Habían compartido tres años de su vida y, en ese momento, la que había creído que era la mujer de su vida, le abandonaba. Se dejó caer sobre el sofá y observó lo vacío que había quedado su apartamento.

Durante horas, permaneció en silencio mirando un punto fijo en la pared, hasta que por fin explotó. Se dirigió a un jarrón que Lorain había

comprado para decorar el salón y lo arrojó con fuerza contra la pared, provocando que este se hiciese añicos. En pocos minutos, se deshizo de todos los objetos que pudiesen recordarle a Lorain en un futuro próximo. Una etapa que se le escapaba de las manos, pero no dejaría que aquello le impidiese vivir la vida con la que siempre había soñado.

Un par de días después de la llegada de su gran luna de miel, Sophie dio la buena noticia de que estaba embarazada. No podía creerse que aquello le estuviese sucediendo a ella; estaba viviendo la vida que siempre había soñado vivir. Cuando salió esa mañana de casa se dirigió al médico para tener su primera cita. Tan solo llevaba un par de semanas de embarazo, pero con los antecedentes de su madre, decidieron vigilarla muy bien. Durante los nueve meses en que Sophie estuvo en el vientre de Carol, esta tuvo que guardar absoluto reposo puesto que estaba llevando un embarazo de riesgo. En cuanto Patrick se enteró de ello, buscó a la mejor comadrona de la ciudad para que llevase el embarazo de su mujer. No quería permitirse ningún fallo, todo tenía que ser perfecto. Sophie llegó a la consulta veinte minutos antes de la hora acordada. Su madre había insistido en salir antes de tiempo por si no encontraban el lugar. Como Patrick tenía ciertos negocios que cerrar antes de que acabase la semana, le había pedido a Carol que acompañase a Sophie y, claramente, esta aceptó encantada. Una vez estuvieron en la sala de espera, Sophie se percató de que su madre estaba más fatigada de lo normal y no pudo esconder su preocupación.

—¿Estás bien? —preguntó tomando la mano de su madre, provocando que esta se sobresaltase.

—¿Qué? ¡Sí! —dijo Carol con nerviosismo, el cuerpo le temblaba y unos sudores fríos le recorrían la espalda—. Hace mucho calor fuera y ha sido un trayecto bastante largo.

—¿Seguro? —Sophie se estaba poniendo de los nervios, su madre podía recaer en cualquier momento y hacía tiempo que no visitaba a un médico—. Quizás deberíamos ir después al hospital para que te hagan un chequeo rápido.

—Estoy bien, de verdad.

Carol sonrió a su hija y, aunque esta no estuvo conforme, tuvo que

aceptar la palabra de su madre. Aguardaron en silencio a que la doctora las recibiese y, cuando lo hizo, los nervios de Sophie se hicieron notorios y un miedo irracional se apoderó de su cuerpo. Tenía miedo, no sabía si su cuerpo soportaría el hecho de llevar un bebé en su interior o si lo rechazaría. Se tumbó sobre la camilla donde la doctora le indicó y aguardó paciente a que esta preparase sus artilugios. Después de más de media hora comprobando el estado de Sophie, la miró con una gran sonrisa dibujada en su rostro.

—Todo está yendo a la perfección, no tendrá ningún problema con el embarazo.

Sophie miró ilusionada a su madre pero, cuando esta se dejó caer sobre la silla de la sala, supo que algo no iba bien. Le pidió a la comadrona que llamase a una ambulancia y esta no tardó en llegar. Sin soltar la mano de Carol, la acompañó en todo el trayecto hasta el hospital. En el camino a este, Sophie llamó a su padre que se comprometió en avisar a sus amigos. Para cuando llegaron al hospital, todos, excepto Matilde y Lorain, se encontraban esperándolas. Sin que apenas se diesen cuenta, los médicos se llevaron a Carol a toda prisa dejando a sus familiares con un gran nudo en el estómago.

—Todo irá bien —le prometió Robert a Sophie como tantas veces había hecho.

Todos en la sala permanecieron en silencio durante demasiado tiempo y la tensión empezó a palpase entre ellos. Sophie no podía quitarse de la mente que su madre había vuelto a recaer. Aquellos pensamientos abatían su estado de ánimo y aumentaban su preocupación. Sin darse cuenta comenzó a hablar, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Estaba bien y de repente... ¿Y si no llega a conocer al bebé? — Sophie sollozó llevándose las manos al vientre, siendo incapaz de seguir hablando.

—Tu madre es fuerte, saldrá de esta —dijo Lorenzo mientras abrazaba a su amiga, intentando darle la fuerza que él mismo necesitaba en ese momento.

—¿Dónde está Lorain? —preguntó Marcus, intentando desviar los pensamientos de Sophie.

—Me ha dejado —dijo Lorenzo con la tristeza reflejada en sus ojos, siendo incapaz de soltar a Sophie—. Perdió al bebé hace meses y ha estado fingiendo. Ahora, sin más, se ha ido.

—Tío, lo siento. No sabía... —la disculpa de Marcus se vio

interrumpida por el doctor que entró a la sala.

—¿Familiares de Carol Roof? —preguntó mirando a los presentes.

—Somos nosotros —dijo Robert mientras se acercaba atropelladamente a él—. ¿Está bien?

—Tras realizarle unas pruebas hemos descubierto que el cáncer ha empeorado y ha hecho metástasis en distintos órganos, como los pulmones y el cerebro. No podemos darle más de tres meses de vida.

NUEVE MESES DESPUÉS

Sophie se encontraba tumbada en la cama con su madre, aunque le habían dado tan solo tres meses de vida, ya habían pasado nueve desde que el médico les dio la terrible noticia. Ambas se tomaban de la mano, mientras Sophie respiraba entrecortadamente. Había roto aguas hacía unos minutos y estaban esperando a que Patrick llegase. Cuando lo hizo, cogió a su mujer en brazos y llamó a Robert para que ayudase a Carol a subirse al coche. Juntos se dirigieron al hospital para darle la bienvenida a la pequeña que con tanta ilusión habían estado esperando. La madre de Sophie había prometido que vería a su nieta antes de irse y allí estaba, aguantando como podía para no desfallecer.

—Estaré aquí cuando vuelvas —le dijo a su hija mientras besaba su frente. Sophie le tomó la mano y la apretó con fuerza.

—Quiero que entres conmigo, por favor.

Carol miró a Patrick, quien asintió con una pequeña sonrisa, y ambas entraron al paritorio para darle la bienvenida al nuevo miembro de la familia. Permanecieron dentro durante horas hasta que Sophie por fin consiguió dar a luz. La pequeña abrió los ojos nada más ver la luz y lo miró todo con curiosidad. La doctora le ofreció a Sophie su hija, pero esta negó pidiéndole que su madre fuese la primera en cogerla.

—Creo que Lyla merece estar con su abuela —dijo Sophie mientras la enfermera le ponía a la pequeña en los ya débiles brazos de Carol.

—Ahora puedo irme en paz —murmuró Carol, dándole un beso en la cabeza a su nieta, a la vez que lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Carol fue ingresada ese mismo día en el hospital y, unas horas después, cerró los ojos para no volver a abrirlos nunca más. Un alma que se iba para dar paso al inicio de una nueva vida.

CAPÍTULO 11

La despedida de una antigua vida

Habían pasado dos meses desde que Carol les había dejado y, después de mucho intentarlo, Sophie había conseguido que su padre acudiese a un psicólogo para ayudarle a superar la pérdida. Aunque una parte de su corazón había asimilado que su mujer le dejaría tarde o temprano, era incapaz de llevar una vida normal. Sophie necesitaba que su padre estuviese bien, Patrick y ella habían encontrado una casa a las afueras de la ciudad y pronto se mudaría para empezar una nueva vida con su familia. Robert le insistía en que se fuese y que todo estaría bien, pero Sophie no era capaz de dejar solo a su padre en aquel estado.

—¿Cuándo vamos a llevar vuestras cosas a casa? —preguntó Patrick mientras miraba como su mujer le cambiaba el pañal a Lyla—. Ya está todo allí, solo faltan tus cosas y las de la niña.

—Ya lo sé, Patrick, pero no puedo dejar solo a mi padre todavía —explicó Sophie mientras terminada de vestir a Lyla.

—No es tu problema, tienes una vida al margen de tu padre y él ha decidido hundirse —Patrick se levantó del sofá y empezó a meter las pertenencias de Lyla en una bolsa—. Será mejor que le dejes con su desdicha.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? —Sophie dejó a Lyla en su cuna y se enfrentó a Patrick—. Acaba de perder a su mujer, a la persona con quien creía que compartiría toda su vida. ¿Cómo te sentirías tú si me perdieses?

—Estaría destrozado, pero no obligaría a mi hija a dejar su vida para permanecer a mi lado.

Con aquellas palabras, Patrick cogió las pertenencias que Sophie tenía preparadas y las metió en el coche para poner rumbo hacia su nuevo hogar. Sophie miró por la ventana, viendo como su marido se alejaba y suspiró. Sabía que Patrick tenía razón, pero se le hacía muy duro dejar a su padre solo

y sumido en la depresión. Se sentó en el sofá, esperando que las ideas se le aclarasen y, poco después, Lorenzo apareció sin avisar. Desde que Lyla había nacido, Lorenzo no se había separado ni un solo segundo de ella. Al principio a Patrick no le gustó la idea de que otro hombre cuidase de sus chicas, pero pronto comprendió que en manos de un agente de policía siempre estarían protegidas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lorenzo cuando notó el malestar de Sophie.

—Patrick quiere que me mude ya con él a la casa que ha comprado para nosotros —explicó Sophie mientras doblaba la ropa que iba sacando de un cesto—. No entiende que mi padre necesita mi ayuda.

—Entiendo tu posición, pero he de reconocer que también entiendo la suya —explicó Lorenzo mientras mecía a Lyla entre sus brazos—. Ha creado contigo una hermosa familia y quiere disfrutar todo lo posible de ella. Nunca se sabe cuándo algo va a llegar a su final.

—Lo sé, Lorenzo. Y una parte de mi le entiende, pero la otra no quiere separarse de mi padre —dijo Sophie con tristeza mientras seguía doblando la ropa—. No me perdonaría si le pasase algo.

—No te estás yendo a la otra punta del mundo, te vas a una casa a veinte minutos en coche de aquí y podrás visitarle siempre que quieras —le dijo Lorenzo mientras acunaba a Lyla y cogía el biberón que Sophie le ofrecía—. Piénsatelo bien al menos.

—La situación es muy difícil —dijo Sophie mientras observaba a su pequeña en los brazos de su buen amigo.

—¿No te das cuenta? —preguntó él mientras seguía dándole el biberón a la pequeña—. Ahora podrías estar compartiendo este momento con tu marido, pero estáis cada uno en una punta porque tienes miedo de despedirte de tu antigua vida. Tienes que empezar a afrontar la vida que escogiste al querer formar una familia. Mira hacia adelante y no mires atrás, todo estará bien si empiezas a volar.

Un domingo por la mañana, Sophie se subió en el coche de Patrick con el maletero cargado con todas las cosas que siempre había tenido en el piso de sus padres. Había llegado el momento de vivir su vida al margen de

los demás. Aunque todavía le costaba dejar solo a su padre, sabía que no se arrepentiría de su decisión y que podría estar a su lado siempre que la necesitase. Al llegar a su nueva casa, Marcus, Lorenzo y Leo la recibieron con globos de bienvenida y distintas tartas que tardaría días en poderse comer.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Sophie mientras empujaba el carro de Lyla hacia el salón.

—Pensé que te iría bien un pequeño empujón para empezar una nueva vida —le explicó Patrick mientras besaba su frente con dulzura.

—¿Matilde sigue sin querer saber nada de nosotros? —le preguntó Sophie a Marcus con la voz cargada de tristeza. Hacía casi un año que no había vuelto a ver a su amiga y no conseguía ponerse en contacto con ella.

—Sigue pensando lo mismo —le dijo Marcus con una triste sonrisa—. He intentado hablar con ella, pero no quiere entrar en razón. Piensa que algún día se lo agradecerás.

Nadie en la sala se dio cuenta, pero el rostro de Patrick había cambiado por completo cuando abandonó el comedor y se dirigió hecho una furia a la cocina, donde se encontraba su fiel amigo Leo. Este lo miró fijamente y, antes de que Patrick abriese la boca, supo lo que pretendía pedirle.

—¿Vas a necesitar que traiga a Mike? —preguntó Leo justo en el momento en que Patrick cerraba la puerta de la cocina.

—No, quiero hacer esto con mis propias manos —la rabia de Patrick iba creciendo por momentos y tuvo que apretar los dientes para no gritar—. Esa zorra está haciendo sufrir a mi mujer y va a pagar por ello. Nadie le hará sufrir.

—¿Cómo piensas hacerlo esta vez? Debes tener en cuenta que tienes dos agentes de policía entre los amigos de tu mujer y que uno de ellos está perdidamente enamorado de Matilde.

—Necesito que me averigües las horas de entrada y de salida del trabajo, cómo va a hasta él y por donde lo hace —le pidió Patrick a Leo ignorando su advertencia, mirándole con seriedad—. No pienso dejar que esa loca viva en este mundo un día más.

—Está bien, señor —dijo Leo mientras sacaba su ordenador y lo ponía sobre la mesa para apuntar los datos que debía reunir.

—Hablando de Mike, ¿cómo se encuentra? —preguntó Patrick

mientras abría la nevera para coger una cerveza—. Me dijo que no fue muy bien su encuentro con el chivato.

—La herida le está cicatrizando con rapidez. Esta noche viajaré de nuevo para llevar un control.

—Mantenme informado de cualquier cambio y mándame la información en cuanto la tengas —le ordenó Patrick dándole una palmada en la espalda—. No me falles.

—No lo haré, señor.

El martes Matilde se dispuso a subirse a su nuevo coche para empezar su turno de noche. Hacía casi un año que había empezado a trabajar en un club nocturno, donde le habían ofrecido un buen sueldo, y en el que solo tenía que servir las copas a los clientes. Este se encontraba a las afueras de la ciudad y debía conducir durante casi una hora para llegar, pero le valía la pena hacerlo por el sueldo que le habían ofrecido. Al empezar su turno, sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo y, en numerosas ocasiones, le pareció ver a Patrick entre la clientela del club. Seguía pensando que ese hombre no era el adecuado para su amiga y el subconsciente le estaba jugando una mala pasada. Decidió que lo mejor que podía hacer era solucionar las cosas con Sophie y estar a su lado cuando todo se torciese. Antes de ponerse a trabajar, le dejó un mensaje a Sophie diciéndole que tenían que hablar y que quería conocer a la pequeña. Esperaba que Sophie le pudiese perdonar y todo volviese a la normalidad.

Cinco horas más tarde, cuando su turno llegó a su fin, recogió sus pertenencias y se despidió de sus compañeros para dirigirse de nuevo al coche. Quería llegar cuanto antes a casa para arreglar todo aquello que había estropeado por su testarudez. Una vez dejó atrás el club y entró en el camino que le llevaría a la carretera principal, volvió a sentir un escalofrío en su cuerpo.

—Tranquilízate, Matilde, todo está bien —se dijo a sí misma mientras agarraba con fuerza el volante.

Le faltaban escasos cien metros para abandonar el camino y salir a la carretera cuando un coche se cruzó ante ella y le hizo girar el volante en un movimiento brusco. El coche de Matilde salió despedido por el acantilado y

se estrelló con fuerza contra los matorrales que abajo aguardaban. Segundos más tarde, el coche estalló en llamas y los gritos ahogados de Matilde se escucharon en la lejanía. Patrick se mantuvo en la carretera, evitando que sus neumáticos dejaran huellas en el barro del arcén y se alejó de allí como si nada hubiese pasado. No le hizo falta comprobar que Matilde había fallecido, sabía muy bien que había hecho bien su trabajo.

CAPÍTULO 12

Una nueva era

La noticia llegó a los oídos del grupo a las ocho de la mañana, cuando Lorenzo les llamó para que se reuniesen en casa de Marcus. Sophie llegó corriendo, sujetando con fuerza a Lyla entre sus brazos, y se hundió al encontrarse a Marcus gritando en el sofá como si no hubiese un mañana. En ese momento, supo que algo no iba bien y se sentó rápidamente junto a su amigo.

—Hemos encontrado el coche de Matilde esta madrugada, se ha despeñado por un acantilado bastante profundo y estaba totalmente carbonizado —Lorenzo explicó lo sucedido de la forma más escueta que pudo, no quería volver a repetirlo frente a su amigo.

—Pero está bien, ¿verdad? —preguntó Sophie esperanzada, sintiendo como su corazón se retorció en su pecho—. Me mandó un mensaje anoche diciéndome que quería conocer a Lyla.

—Sophie —suspiró Lorenzo mientras se sentaba a su lado para tomarle de las manos—, cuando llegamos al lugar, Matilde había fallecido a causa de las quemaduras. No hemos podido hacer nada para salvarla.

Inmediatamente, Sophie dejó sobre el sofá a Lyla, no sin antes cerciorarse de que nada iba a pasarle, y se levantó para sentarse sobre Marcus y abrazarle con cariño. Durante más de media hora estuvo acariciando la espalda de su amigo tratando de tranquilizarle, pero nada parecía funcionar. Por más que lo intentaba, no lograba conseguir que su amigo dejase de temblar. De pronto, Marcus explotó de nuevo, llorando como nunca lo había hecho; había perdido al amor de su vida y no creía poder salir del pozo en el que se vio sumido en aquel momento.

La mañana siguiente a que Lorenzo les diese la noticia sobre la muerte de Matilde, Marcus salió de casa para caminar sin un rumbo fijo. Había perdido toda esperanza de vivir y sabía quién tenía la culpa de su desgracia. Se dirigió a la comisaria donde había trabajado con gran esfuerzo durante el último año y, cuando estuvo frente a su amigo, dejó su placa y su documentación sobre la mesa.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Lorenzo mientras cogía las pertenencias de Marcus y las examinaba.

—No puedo seguir con esto, no me veo preparado para cumplir con la ley ahora mismo —explicó Marcus mientras se dirigía hacia la puerta.

—Sé lo que hiciste anoche, Marcus —Lorenzo miró a su amigo y notó como este se encogía—. Acabas de renunciar a tu placa, pero cuando anoche entraste a robar en la licorería para ponerte hasta el culo aún eras agente de policía —non cuidado se acercó a él y le apretó el hombro con suavidad—. Si alguien descubre lo que hiciste, podrías acabar en la cárcel.

—Nadie va a encarcelarme por robar unas cuantas botellas de alcohol.

—¿Y por herir de muerte al dependiente de la tienda tampoco? —Marcus se apartó de su amigo inmediatamente, no quería escuchar sus palabras—. Estarías entre rejas en menos que canta un gallo si alguien lo descubre.

—¿Y por qué no corres a contarle a todo el mundo lo que he hecho? —preguntó Marcus amenazante, se notaba que aún estaba bajo los efectos del alcohol.

—Espero que no hagas ninguna tontería más, no podré protegerte eternamente —le avisó Lorenzo ignorando su pregunta, mientras se alejaba de su amigo para dirigirse a su mesa de nuevo.

—No necesito la protección de nadie.

Marcus salió de la comisaria, con la cabeza gacha y el cuerpo encorvado, y se dirigió al único lugar que pensó que jamás visitaría: las oficinas donde Patrick trabajaba junto a su familia. Estando frente a la puerta, apretó los puños a ambos lados de su cuerpo y aguardó a que el chico saliese al exterior. Había perdido el control total de sus actos, pero aún era consciente de lo que podía acarrearle el montar un espectáculo dentro de un lugar privado. Cuando Patrick salió del edificio, sonrió para sus adentros al encontrarse con Marcus esperándole. Tenía lo que quería ante sus ojos y no

podía estar más orgulloso de sí mismo.

—Marcus, ¿puedo ayudarte en algo? —dijo con fingida tristeza, mientras se acercaba al amigo de su mujer—. Me he enterado de lo que le ha pasado a Matilde, siento mucho tu...

—No tienes nada que sentir, no la conocías —Marcus le interrumpió sin dejar que terminase la frase, conocía muy bien lo que venía después—. Aquí solo hay un culpable y ambos sabemos quién es.

El miedo de Patrick se hizo presente cuando Marcus pronunció aquellas palabras y se acercó amenazante a él. No entendía cómo podía haberle descubierto, no había dejado pistas y, por mucho que Marcus fuese un buen policía, jamás podría encontrar nada que le inculcase. Cuando tuvo a Marcus lo bastante cerca, pudo ver la rabia reflejada en sus ojos.

—La culpa de todo esto la tiene tu mujer —escupió Marcus con desdén mientras señalaba a Patrick con un dedo—. Ella fue quien alejó a Matilde de su lado por no escucharla y lo estaba pasando mal. No me extraña que aquella noche se despistase y acabase como acabó —los nervios de Patrick abandonaron su cuerpo y una sonrisa triste apareció en su rostro, podrían haberle dado el premio al mejor actor—. Pienso hacerle pagar por lo que le ha hecho a mi chica.

—Marcus, Sophie no tiene toda la culpa de lo que le ha pasado a Matilde —dijo Patrick, intentando posicionarse al lado de su mujer—. Es cierto que estaba haciendo sufrir a Matilde, pero creo que hubo alguien implicado en su muerte.

—¿De verdad crees que alguien provocó que cayese por el acantilado? —las defensas de Marcus se vieron derrotadas y se separó un poco de Patrick.

—No creo que ella sola se desviase tanto de la carretera, era un camino que conocía bien y no pudo equivocarse —Patrick tenía a Marcus donde quería, por lo que sabía que no tardaría mucho en rendirse ante él.

—Sé que Sophie no tiene la culpa de nada, pero es más fácil culparla a ella que pensar que había alguien que quería ver muerta a Matilde —los ojos de Marcus se impregnaron de lágrimas, entonces Patrick vio su oportunidad.

—Marcus, puedo ayudarte —dijo Patrick con una media sonrisa dibujada en su rostro, mientras miraba fijamente a su nueva presa.

—¿Cómo? —preguntó Marcus, quien se agarraba el pelo fuertemente

con ambas manos.

—Si me prometes guardar mi secreto y me ayudas con mi plan, te ayudaré a encontrar al culpable de la muerte de Matilde y no le contaré a nadie lo que hiciste anoche.

El funeral se celebró tres días después, cuando por fin pudieron sacar el coche del acantilado al que había caído y recuperar el cuerpo de Matilde. Lorenzo les había informado de que no podrían verla en el ataúd, puesto que las quemaduras eran muy graves y la cubrirían con una sábana. Al funeral asistieron todos los amigos y familiares de Matilde, también Patrick y Leo quisieron estar presentes, pero Marcus decidió que se quedaría al margen. Matilde había sido su pareja desde que habían cumplido los quince años y aún no entendía cómo se la habían arrebatado de una forma tan cruel. Era el primer día que le veían después de que Lorenzo les anunciase la muerte de Matilde y estaba totalmente cambiado; había perdido la luz de sus ojos y tenía las manos ensangrentadas. Lorenzo le había comentado a Sophie que había entregado su placa y se había retirado, explicando que no tenía razones para seguir en el cuerpo de policía. A la salida del velatorio, Sophie intentó acercarse a su amigo para intentar animarle un poco, pero este se alejó corriendo y no dejó que nadie le dirigiese la palabra. Lorenzo se acercó a ella y la frenó, intentando tranquilizarla para que no saliese corriendo detrás de él. La chica sentía que su corazón podría partirse en cientos de pedazos en cualquier momento; había perdido a dos de sus mejores amigos en cuestión de una semana.

CAPÍTULO 13

Cambios inesperados

El día siguiente del funeral, Loren se presentó en casa de Sophie y Patrick para que por fin su hijo conociese a su prima. Hasta el momento, no había creído oportuno acercar al niño a Lyla puesto que ambos eran muy pequeños y podrían sufrir algún daño. Cuando Loren entró en el salón, le alegró verlo todo recogido y ordenado. No reconocía al hermano que había visto en su boda y le llenaba de orgullo saber que por fin había retomado el buen camino.

—¿Cómo os va todo? —preguntó sin quitarle el ojo de encima a Sayer, quien con tan solo un año parecía tratar a Lyla como si fuese de porcelana.

—Esta es la vida que siempre había soñado, aunque haya personas que nos han dejado antes de lo esperado —dijo Sophie, sin haberse recuperado todavía de la muerte de su amiga.

—Lo siento —dijo Loren mientras le daba un corto abrazo a su cuñada—. Hay cosas que no pueden remediarse.

—Lo sé, pero eso no hace que duela menos —Loren asintió ante aquella afirmación y decidió preguntar directamente por su hermano.

—¿Y cómo se porta Patrick? —preguntó con una sonrisa, intentando evitar que Sophie notase su nerviosismo.

—Es un ángel caído del cielo, no se separa de nosotras ni un solo momento. No podría haber pedido nada mejor.

Loren asintió ante sus palabras e intentó normalizar su respiración. Ella sabía que en cualquier momento su hermano enseñaría su verdadera cara y que no permitiría que Sophie viviese su vida al margen de sus órdenes. Viendo que habían pasado casi dos años desde que se habían conocido, y que Patrick no había mostrado su verdadero rostro, tuvo la esperanza de que

Sophie fuese la persona que podría transformar a su hermano, haciendo que todos pudiesen ser felices por fin.

Habían pasado dos semanas desde la última vez que Sophie había visto a Marcus y nunca le había necesitado tanto como en aquel momento. Llevaba varios días sin salir de casa, notaba un comportamiento extraño en Patrick y no era capaz de entender qué estaba pasando. Por más que había intentado llamar a su padre, el teléfono no daba señal y la puerta de casa había sido cerrada con una llave que ella no poseía. Cuando por la noche Patrick llegó de trabajar, Sophie decidió enfrentarse a él.

—¿Se puede saber quién te crees que eres para encerrarme y dejarme incomunicada? —el enfado de Sophie era notorio y, ante él, Patrick simplemente sonrió mientras negaba con la cabeza.

—Marcus te culpa de la muerte de Matilde, ¿qué podía hacer? ¿Dejar que campase por aquí y que pudiese haceros daño? No puedo estar siempre en casa para vigilaros —las palabras de Patrick estaban cargadas de sarcasmo, cosa que hizo enfurecer más a Sophie.

—¡Marcus jamás nos haría daño! —Sophie se enfrentó a su marido, sin sentir un ápice de miedo en su cuerpo—. Solo está dolido por todo lo que está pasando, pero jamás haría algo que pudiese lastimarme. Además, eso no te da derecho a alejarme de mi padre.

—No seas estúpida, estaría dispuesto a cualquier cosa por vengar la muerte de su novia —Patrick agarró con fuerza la muñeca de Sophie, acercándola a él con fiereza—. Robert le conoce, podría camelárselo para que te llevase hacia él. Entiende que solo quiero protegeros, a ti y a mi hija.

—¡Me haces daño! —gritó Sophie mientras intentaba separarse de él. El miedo empezaba a apoderarse de ella y no sabía cómo enfrentarse sola a su marido.

—Entérate, a partir de ahora harás todo lo que te diga y cuando te lo diga —la mirada de Patrick era amenazadora y Sophie supo que no podría negarse—. Tendrías que haberte informado de con quién te casabas antes de sumirte en la miseria en la que pienso hundirte si no me obedeces.

Con un movimiento brusco, Patrick se deshizo de su mujer tirándola con fuerza al suelo. Sophie sintió que su mundo se hacía pedazos al ver la

rabia que su marido, quien creía que sería el amor de su vida, tenía acumulada en los ojos. En aquel momento entendió la visita de Loren de hacía dos semanas, pero jamás hubiese imaginado que Patrick pudiese ponerle la mano encima. Pero lo había hecho. Loren sabía algo de su hermano, que por el momento ella desconocía, y no entendía porqué no le había avisado del verdadero carácter de su marido. Con el rostro cubierto de lágrimas, la chica se levantó del suelo y se dirigió corriendo a la habitación de Lyla, para encerrarse en ella. En ese momento, se prometió que no dejaría que nada malo le ocurriese a su pequeña.

—¿Cómo acabaste siendo el secuaz de Patrick? —preguntó Marcus, mientras limpiaba los frascos que su amo le había dejado sobre la mesa de la cocina del apartamento donde hacía unos meses había vivido con Patrick.

—Hace unos años era alcohólico. Me encantaba ir al casino a apostar y siempre ganaba —explicó Leo mientras guardaba los frascos con sumo cuidado en un maletín—. Hasta que perdí. Lo perdí todo en una sola partida y no me quedó nada, incluso aún debo muchísimo dinero que creo que jamás podré pagar. Mi mujer me había abandonado hacía unos meses, dejándome con mi hijo de seis meses completamente solo, así que perdí el control. Días después de perderlo todo, un asistente social se presentó en mi casa con una orden judicial para llevarse a mi hijo —los puños de Leo se cerraron con fuerza y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Al parecer algún vecino dio un aviso y no podré recuperarlo hasta que mi vida económica se encauce.

—¿Y la mejor opción fue trabajar bajo las órdenes de Patrick?

—No, esa nunca hubiese sido la opción, si el dinero que debo no se lo debiese a él.

Ambos siguieron trabajando en silencio, no parecía que ninguno supiese que más decir al respecto. Eran dos personas atrapadas bajo el influjo de un hombre que sería capaz de cortarles el cuello si osaban traicionarle. Patrick había sabido pillarles en su momento más bajo y no podían hacer nada para librarse de su influencia. No tenían alternativa, dejarle les hubiese supuesto la muerte.

En ese mismo instante, Marcus pudo comprobar que las sospechas de Matilde no eran infundadas. Patrick era un mal hombre, que no dudaba en

utilizar a la gente a su antojo para conseguir sus propósitos. Pensó en si Sophie conocía realmente a su marido. Si no era así, su amiga corría peligro, puesto que sabía el genio que la mujer tenía bajo esa cara angelical. Un escalofrío le recorrió la espalda y una extraña sensación se apoderó de él. Después de la muerte de Matilde, se sentía en la obligación de proteger a su amiga. Pero no podía abandonar a Patrick, ya que entonces las vidas de Lyla y Sophie correrían peligro.

—¿Te sientes preparado para lo que nos ha encargado Patrick? — preguntó Leo mientras cerraba todos los maletines e intentaba cambiar de tema, comprobando primero que todos contuviesen la misma cantidad de frascos.

—¿Alguna vez se está preparado para matar a un padre de familia por timar a alguien? —Marcus temblaba por los nervios, no podía creerse que en menos de una hora la vida de un hombre se viese destruida por un error.

—Nunca se está preparado para poner fin a una vida humana.

Una hora más tarde, los chicos se encontraban metiendo el cuerpo de la víctima en un contenedor y prendiéndole fuego para no dejar ninguna pista que les pudiese incriminar ni a ellos ni a su amo. El hombre le había prometido hacía unos meses a Patrick que le conseguiría una gran fortuna si invertía en su negocio, pero el dinero nunca había llegado a sus manos. Investigando, se percató de que el hombre era reconocido mundialmente por ser un gran timador y no dudó en tomarse la justicia por su mano. Nadie jugaba con Patrick, y menos teniendo seguidores tan fieles como los suyos.

CAPÍTULO 14

Sus ángeles

Sophie llevaba tres días encerrada en la habitación de su hija cuando Loren apareció en su casa con Sayer colgado de su brazo izquierdo. Nada más verla, Sophie se tiró sobre sus brazos y descargó las lágrimas que había acumulado durante los días que había sufrido los gritos y las amenazas de su marido. En poco tiempo, su vida de ensueño había sido sumida en un caos del que parecía que no le sería posible escapar y aquella mañana, Loren se lo confirmó. Las sospechas que Sophie tenía de que la hermana de Patrick tenía constancia de una parte de él que nadie más conocía, se confirmaron cuando Loren se dispuso a explicarle todo lo que necesitaba saber sobre su marido.

—No sabes cuánto siento todo lo que te está pasando —le dijo su cuñada mientras dejaba que su hijo le hiciese carantoñas a Lyla, parecía estar destinado a estar pendiente y cuidar de su prima—. Todos creímos que había cambiado, le veíamos contigo y parecía tan diferente.

—La gente nunca cambia —afirmó Sophie mientras observaba con cariño a su hija—. Al menos me ha dado algo maravilloso.

—Sabes que tendrás que aguantar y seguir adelante con esto, ¿verdad? —preguntó Loren mientras tomaba la mano de Sophie, acariciándola con suavidad—. No puedes dejarle, removería cielo y tierra para acabar contigo.

—Me he dado cuenta de ello, pero tiene que haber alguna forma de poder alejarme de él —Sophie miró esperanzada a Loren y esta asintió lentamente.

—La mejor opción que tienes es desaparecer —explicó Loren con la mirada cargada de tristeza.

—¿Cómo? Me apuesto lo que sea a que me vigila día y noche —la ilusión de Sophie había desaparecido en cuestión de días y parecía que nada

podiese ayudarla a seguir adelante.

—Haré lo que esté en mi mano para ayudarte, pero primero tienes que saber toda la verdad —las manos de Loren empezaron a temblar y Sophie tuvo que agarrárselas con fuerza para intentar calmarla—. Hace aproximadamente un año, mi marido apareció degollado en una de las calles más transitadas de Tokio. Le había llamado para contarle que mi hermano había conocido a una gran mujer y me advirtió, me dijo que tendría que contarte todo lo que Patrick acarrea a sus espaldas —los ojos de Loren se llenaron de lágrimas y Sophie empezó a comprender donde se había metido al casarse con Patrick—. Me juró que si yo no era capaz de contártelo, lo haría él en cuanto volviese del viaje de negocios... y entonces lo mataron. En ese momento me di cuenta de que cualquiera que se atreviese a contarte algo, correría la misma suerte.

—¿Por qué nunca has ido a la policía? —preguntó Sophie con el miedo corriendo por sus venas—. Podría hablar con Lorenzo y...

—Acabaría contigo —la interrumpió Loren, provocando que Sophie tuviese un escalofrío—. Tiene varias mafias japonesas trabajando para él, además de dos secuaces muy hábiles que siempre le hacen el trabajo sucio.

—¿Leo? —preguntó Sophie horrorizada y Loren asintió con parsimonia—. Entonces, ¿el chico que me contó que había rescatado...?

—Sí, ambos trabajan para él desde hace años —se adelantó a decir Loren, intentando hacer aquello lo más llevadero posible para su cuñada—. Cuando tiene un problema, recurre a ellos.

—Loren, sé sincera conmigo, por favor. ¿Crees que tuvo algo que ver con la muerte de Matilde? —la pregunta se escapó de los labios de Sophie y al momento temió la respuesta.

—No lo creo, no tenía motivos para hacerle daño —explicó Loren mientras cogía en brazos a Sayer para que dejase de molestar a su prima, quien ya se notaba cansada de tanta atención—. Si algo bueno tiene, es que no hace las cosas así porque sí.

—¿Y qué le he hecho yo para merecerme esto? —Sophie no pudo aguantar más y las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos, Sayer estiró los brazos hacia ella para que le cogiese—. No entiendo cómo ha cambiado tanto conmigo. Era cariñoso, atento, dulce...

—Es posesivo y te quiere solo para él —Loren dejó que su hijo se dejase caer sobre su tía—. Hará todo lo que esté en su mano para mantenerte

a su lado.

—¿Por qué te pones en riesgo al contármelo todo?

—No se atrevería a hacerme nada, cree que Sayer será el próximo en seguir sus pasos.

Durante horas, Sophie y su cuñada permanecieron dentro de la casa charlando e intentando olvidar todo el tema de Patrick. Loren decidió que le pediría a su hermano pasar unos días con ellos, poniendo la excusa de que Sayer tenía que pasar tiempo con él para nutrirse de sus conocimientos. Cuando este llegó, apoyo la idea de inmediato e incitó a las mujeres de la casa a salir a pasear. Las chicas no pusieron ninguna pega, lo mejor que podían hacer era estar alejadas de él todo el tiempo posible. Patrick confiaba ciegamente en su hermana y sabía que estando con ella, su mujer no intentaría cometer ninguna locura para alejarse de él.

—¿A dónde vamos? —preguntó Sophie mientras seguía los rápidos pasos de Loren.

—La hermanastra de mi marido estaba al tanto de todo, tiene un hijo de la edad de Sayer y se llevan genial —explicó Loren con una sonrisa mientras empujaba el carro de su pequeño, quien no dejaba de gimotear—. Hemos pensado en educarles para proteger a Lyly, teniendo un padre así nunca se sabe.

—¿Pondrías a vuestros hijos en peligro por proteger a la mía? —preguntó Sophie confusa, sin entender a qué venía todo aquello.

—No queremos que nadie más de la familia sufra la ira de Patrick. Nuestros maridos lo hubiesen querido así.

En aquel momento, Sophie entendió que, la hermanastra del marido de Loren, también habría perdido a su marido a manos de Patrick. Sin poder remediarlo, Sophie sintió miedo y rezó para que Marcus y Lorenzo estuviesen a su lado, pero no era así. Lorenzo había sido trasladado a Madrid, para seguir allí con su trabajo, y Marcus había desaparecido después de la muerte de Matilde.

Al llegar a su destino, Sophie ahogó un grito al ver quien se encontraba en su interior.

—¿Marcus? —preguntó, sin entender bien lo que estaba sucediendo.

—Lo siento —dijo este apresuradamente mientras se levantaba del sofá—. No debí haber desaparecido. Paty me ha contado todo el pasado de Patrick y pienso ayudarte a salir de esta.

—Se ha ofrecido a entrenar a Sayer y Christian para que cuiden y protejan a Lyla si llega el momento —explicó Paty mientras se acercaba a saludar a Sophie—. Soy Paty, siento que tengamos que conocernos en esta situación.

Marcus se acercó a Sophie y la abrazó con fuerza. La miró a los ojos directamente transmitiéndole todo el arrepentimiento que sentía en su interior. Desde que tenían uso de razón habían estado juntos y nunca se habían separado. Habían pasado por cientos de situaciones distintas desde que se conocían, pero nunca habían tenido que luchar por mantenerse con vida. El chico apretó los brazos de su amiga con fuerza, sonriendo levemente para tranquilizar los nervios de ambos.

—Le prometí a tu madre que te protegería siempre, y no pienso romper mi promesa.

Sophie observaba con una gran sonrisa como Christian y Sayer, teniendo tan solo un año, se peleaban por hacer reír a Lyla que se encontraba tumbada en una manta en el césped. A pesar de todo lo malo que estaba viviendo junto a Patrick, Sophie se prometió en ese momento que no dejaría que nada malo le pasase a su hija, mientras tuviese la fuerza suficiente para protegerla. Miró a Loren con una sonrisa y esta asintió, entendiendo lo que su cuñada estaba pensando.

—Estos niños serán sus ángeles.

CAPÍTULO 15

Misterios

Sophie y Loren llegaron a casa después de cenar, y la escena que se encontraron las sorprendió y las aterrorizó al mismo tiempo. Patrick se encontraba tirado en el suelo del salón, los muebles habían sido destrozados y varias botellas de vidrio vacías ocupaban la estancia. Sophie quiso acercarse, a pesar de todo lo malo seguía enamorada de Patrick y quería ayudarle, pero Loren la retuvo agarrándola del brazo. Con un gesto de cabeza, le indicó que se dirigiese a la habitación de los niños sin hacer ruido para tenerlos a salvo. Sophie se dio cuenta de que Loren sabía más de lo que le había podido contar y asintió sin rechistar ante sus indicaciones. Nada más cerrar la puerta de la entrada, Patrick alzó la cabeza con rapidez y centró toda la atención en su mujer.

—Llévate a los niños tú, Loren —susurró Sophie con frialdad mientras le pasaba a Lyla para que la cogiera en brazos.

—Lo siento —le dijo Loren a Sophie con la tristeza reflejada en sus ojos mientras se llevaba a los niños.

Patrick se levantó del suelo con parsimonia y miró todo su alrededor. Soltó una pequeña risa al ver el caos que él mismo había provocado y se acercó a su mujer mirándola con los ojos de un depredador. Sophie supo que no tenía escapatoria, pero aun así, intentó alejarse del monstruo que había resultado ser su marido. Cuando este la tomó en sus brazos y la condujo hasta la habitación, supo que, por mucho que luchase, no conseguiría nada. Se prometió a sí misma no gritar, no quería compartir su sufrimiento con nadie más. Sin ningún miramiento, Patrick la dejó caer sobre la cama y se dirigió al armario, de donde sacó una cuerda y cinta aislante. A Sophie no le hubiese dado tiempo ni siquiera de pedir ayuda si lo hubiera pretendido, puesto que rápidamente Patrick la había atado a la cama y le había tapado la boca con la

pegajosa cinta. El chico empezó a acariciar su cuerpo con delicadeza, hasta que se cansó de ser cuidadoso y puso a Sophie bocabajo. Patrick se puso de rodillas sobre la cama y se quitó el cinturón, procediendo a golpear el trasero de su mujer con él momentos después. Sophie notaba como las silenciosas lágrimas corrían por sus mejillas y como su piel ardía. Una vez Patrick se había cansado de aporrear el cuerpo de su esposa, se deshizo de la ropa de ambos y la penetró sin ningún miramiento. De haber sido posible, Sophie habría gritado hasta perder por completo la voz.

Ella sabía lo que venía cuando Patrick la ató a la cama y le tapó la boca sin ningún cuidado, lo que jamás imaginó es lo que Patrick tenía pensando hacer después con ella. Cuando Patrick por fin se dio por satisfecho, se vistió y se dirigió de nuevo al armario de dónde sacó un maletín que contenía cientos de frascos en su interior. Con una fina cuchilla, que sacó del mismo lugar, procedió a hacer finos cortes en las muñecas y en las yemas de los dedos de su mujer y fue llenando los pequeños frascos con las gotas que emanaban de aquellas heridas. Sophie quiso deshacerse del agarre de las cuerdas, pero pronto el cansancio terminó vencéndola y se rindió ante los brazos de Morfeo.

—¿Estás bien? —preguntó Loren cuando entró en la habitación de Sophie, una vez Patrick se fue a trabajar, y la encontró bajo las sábanas. Loren vio las gasas llenas de sangre que cubrían el suelo y se horrorizó al imaginarse las cosas que su hermano era capaz de hacer.

—Fue horrible, parecía que estaba borracho pero no había ni rastro de olor a alcohol en su aliento —Sophie temblaba, mientras intentaba refugiarse bajo la seguridad que le proporcionaban las sábanas—. Estaba completamente fuera de sí y cuando terminó conmigo, me hizo cortes para guardar mi sangre en unos frascos. ¿Qué le está pasando?

—Desde hace unos años, Patrick bebe unos productos importados que le mantienen joven —explicó Loren mientras acariciaba el pelo de Sophie con suavidad—. Al parecer le mantienen joven, pero nada cuerdo. Sophie, no sé qué hacer para ayudarte, todo esto es muy difícil y me mata verte sufrir —Loren sacó los brazos de Sophie de debajo de las sábanas y tomó una gasa, la impregnó en agua oxigenada y se concentró en desinfectar las heridas de la

chica.

—Creo que lo mejor que puedes hacer es salir de aquí cuanto antes, al menos podrás alejar a Sayer de la influencia de ese monstruo —Sophie tomó las manos de Loren con fuerza y la miró directamente a los ojos—. Saldré de esta, te lo prometo.

Las semanas fueron pasando y con ellas, los meses. Sophie no sabía cómo actuar ante su marido, necesitaba pedir ayuda pero temía por la vida de Lyla. ¿Cómo podía estar segura de que Patrick no le haría nada a su hija si ella acudía a la policía? Tenía que ir con mil ojos si quería proteger a su pequeña y seguir con vida. Sabiendo lo que sabía en aquel momento de su marido, no podía arriesgarse a cometer ningún error.

El teléfono de Marcus sonó muy temprano esa mañana, Sophie necesitaba que estuviese a su lado y él no dudó ni un solo segundo en acudir en su ayuda. Tenía constancia de los planes que su amo tenía para con Sophie, pero jamás hubiese imaginado que los llevase a cabo con tanta crueldad. Días antes de recibir la llamada de su mejor amiga, Patrick les había reunido, a él y a Leo, para contarles lo que pensaba hacer con los frascos que ellos mismos habían preparado. El plan que tenía en mente era realmente descabellado y no les parecía bien a ninguno de sus secuaces, pero era digno de cualquier mente perversa.

§

—Esa mujer juró ser mía ante Dios y sus provocaciones me tienen bastante harto —explicó Patrick mientras recogía los maletines que sus chicos habían preparado—. He comprado seis pitbull de pura raza y están siendo entrenados para obedecer todas y cada una de mis órdenes. Simplemente tengo que darles de beber la sangre de Sophie regularmente para que sean capaces de reconocerla en cualquier circunstancia.

—¿Y con qué fin estás haciendo esto? —Leo miró confuso a su amo, a veces no entendía que le pasaba por la cabeza.

—Si Sophie consigue alejarse de mí, y se lleva a mi hija consigo, haré todo lo que esté en mi mano por recuperar a mi pequeña. Conozco a mi mujer

y sé que lucharía por recuperar a Lyla, en ese momento tendría la ayuda de los perros que la descuartizarían sin que le diese tiempo a intentar huir — Patrick sonreía triunfal y los chicos no podían estar más aterrorizados ante los planes que se ideaban en su mente.

—¿No crees que será más doloroso para ti si la pierdes por completo? —preguntó Marcus intentando conocer las descabelladas ideas que inundaban la mente de Patrick.

—La prefiero muerta, antes que verla con otra persona.

§

Marcus alejó aquella conversación de su mente y se reunió con Sophie en el lugar acordado, la antigua casa de sus abuelos, de la que Patrick parecía no tener constancia. Cuando vio a su mejor amiga sentada en el sofá de la estancia, ahogó un grito y golpeó con rabia una pared cercana. Sophie le sonrió levemente, intentando no forzar mucho el labio inferior que ahora tenía completamente partido.

—¿Cómo se atreve? —dijo Marcus mientras se sentaba al lado de Sophie y examinaba su rostro con cuidado, encontrándose con que este estaba completamente amoratado.

—No era él, estaba fuera de sí —explicó Sophie, mirando a su amigo a los ojos—. Estoy bien, solo necesitaba sacar a Lyla de allí y alejarme yo un poco.

—Tiene que haber algo que podamos hacer —dijo Marcus mientras se levantaba y sacaba el teléfono de su bolsillo—. Loren le conoce bien, sabrá cómo debemos proceder para sacarlos de allí.

—¿Te has vuelto completamente loco?! —gritó Sophie, levantándose apresuradamente y arrebatándole el teléfono a su amigo—. No puedes llamarla e implicarla más en todo esto.

—¡Ella ya está implicada! —Marcus estaba enfadado y no sabía cómo arreglar la situación—. ¡Por el amor de Dios, es su hermana!

—No quiero que le haga daño a más gente. Bastante estoy aguantando yo misma para saber qué hace sufrir a más personas.

En ese momento, Loren abrió la puerta de la sala y miró a Sophie con la cara totalmente descompuesta. Se acercó a ella y la abrazó con cariño, intentando tranquilizarla y tranquilizarse ella misma. Cuando por fin la soltó,

Sophie la miró incrédula sin entender lo que estaba pasando. Antes de que pudiese preguntarle cómo había llegado hasta allí, Paty entró con Christian y Sayer cogidos a sus manos.

—He sospechado que algo no iba bien cuando no te he encontrado en casa después de desayunar —explicó Loren atropelladamente mientras miraba con tristeza el rostro de Sophie, siendo consciente de que alguien de su misma sangre le había hecho aquello—. Sabía que llamarías a Marcus, así que esperé a que saliese de su casa para seguirlo hasta aquí.

—Si Patrick se entera...

—No importa lo que pase, no podemos dejar que te siga haciendo daño de esta forma —Paty se acercó a ellas y abrazó a Sophie con fuerza—. Nadie va a sufrir más en sus manos.

—Vamos a ayudarte a salir de esta y luego nos alejaremos. Patrick nunca nos encontrará —dijo Loren con una sonrisa, mirando fijamente a Marcus—. Seguro que puedes ayudarnos con esto, tengo entendido que eras un buen policía.

—Haré todo lo que esté en mi mano para proteger a Sophie y a Lyla.

CAPÍTULO 16

Tener el poder

Después de pensar en la mejor forma de liberar a Sophie de las garras de Patrick, sin encontrar ninguna solución, Marcus abandonó el lugar para que las chicas disfrutasen un rato haciéndose compañía y dejando que los niños estuviesen juntos. Nada más salir de allí, recibió un mensaje de Patrick que le citaba en su oficina en una hora. Marcus tragó saliva y se subió al coche, rezando para que Patrick no hubiese descubierto donde se encontraban Sophie y Lyla. Aunque las chicas al final del día tuviesen que volver a casa, aquel lugar las alejaba durante algún tiempo de la rabia de su amo. Era mejor que Patrick no conociese su paradero para que ellas tuviesen siempre un lugar donde sentirse a salvo. Marcus deseaba con todas sus fuerzas abandonar a Patrick y centrarse en las chicas, pero sabía lo que se jugaba si se atrevía a traicionarle. El egoísmo le hizo decidir que jugaría a dos bandas; haría todo lo que Patrick le pidiese e intentaría proteger a Sophie y Lyla.

Cuando llegó a las oficinas, esperó en una pequeña sala a que Patrick se dignase a recibirle. Para su sorpresa, minutos más tarde, apareció Leo con el rostro totalmente descompuesto y la mirada perdida. Miró de soslayo a su compañero y asintió a modo de saludo, esperando que Marcus no le hiciese preguntas. Veinte minutos más tarde, Patrick salió de su despacho e invitó a sus dos fieles seguidores a entrar en la estancia. Una vez los tres estuvieron sentados y acomodados, Patrick les dedicó una mirada pausada a cada uno. Viendo que ninguno de los dos sabía de qué iba el tema, se aclaró la garganta y se dispuso a hablar.

—Creo que ambos tenéis noticias para mí, pero viendo que ninguno tiene pensado hablar lo haré yo —Marcus sintió como un sudor frío le recorría la espalda, no podía creerse que Patrick les hubiese descubierto tan fácilmente—. Tú —dijo señalando a Leo con un dedo acusatorio—. Has ido a

ver a Mike, ¿no es así? —el chico asintió confuso, mirando a Patrick sin entender qué estaba pasando—. ¿Y a qué esperas para informarme de su estado?

—Ah, bueno —dijo Leo relajándose un poco, al parecer también ocultaba algo—. Se encuentra mucho mejor, la herida se le ha cerrado por completo y ha empezado a comer con normalidad.

—Excelente, necesitaré que vaya a reunirse con el entrenador de los perros —le informó Patrick, esperando que fuese Leo quien le diese la orden a Mike—. No pienso pagarle y Mike le espantará lo suficiente —sonrió en dirección a su compañero y desvió la mirada para mirar fijamente a Marcus, provocando que este estuviese a punto de perder los nervios—. Y tú, tengo algo que encargarte —poco a poco, Marcus se fue relajando al darse cuenta de que Patrick no tenía ni la menor idea de lo que estaba pasando con Sophie—. Necesito que te mantengas cerca de Sophie, no puedo permitirme que sospeche nada, y últimamente parece que piensa más de lo que me gustaría.

—Claro, no hay problema —dijo Marcus intentando no sonar nervioso.

Durante unos minutos, los chicos permanecieron sin moverse, hasta que Patrick les echó de malas maneras. Ambos se daban cuenta de que, con cada día que pasaba, Patrick perdía los nervios con más facilidad y empezaron a temer por sus vidas. Leo le pidió a Marcus que le acompañase a su apartamento para aclarar un par de cosas y este no pudo negarse ante las órdenes de la mano derecha de su amo. Cuando llegaron al apartamento, Leo cogió dos cervezas y le pasó una a su compañero, invitándole a que se pusiera totalmente cómodo. Una vez estuvieron sentados en el sofá y tras un largo silencio, Leo rio levemente y miró fijamente a Marcus.

—Me parece increíble la facilidad que tienes para torear a Patrick —aquellas palabras pillaron por sorpresa a Marcus, que le dio un buen trago a su cerveza.

—¿Qué quieres decir? —Marcus supo en ese mismo instante que le habían pillado y ya estaba planeando cómo salir de allí.

—Sé que quieres proteger a Sophie y a Lyla de la locura de Patrick —lo que Leo dijo cayó como una bomba sobre Marcus, que miró a su alrededor con nerviosismo y empezó a respirar con dificultad—. Tranquilo, no voy a delatarte.

—¿No? —preguntó el chico confuso, mirando fijamente a su

compañero.

—Sophie es una gran mujer y sé que podrá sacar adelante a Lyla, pero para ello debe alejarse cuanto antes de Patrick —explicó Leo con calma, esperando que su compañero comprendiese sus verdaderas intenciones—. Es importante que desaparezca cuanto antes y que Patrick se olvide de ella.

—No entiendo porque quieres ayudarme —dijo Marcus confuso, llevándose la cerveza de nuevo a los labios.

—Sabes el motivo por el que estoy bajo las órdenes de Patrick, pero evito hacer todo el daño que puedo —explicó Leo mientras suspiraba resignado, aquella vida le estaba matando—. Si puedo ayudar callándome que Sophie se esconde de Patrick, lo haré.

—Eres un buen tío —dijo Marcus mientras le daba una palmada en el hombro a su compañero.

—A veces los buenos somos quienes pagamos por los errores de los desgraciados.

Al día siguiente, Marcus se reunió con Patrick en un parque cercano a las oficinas. Este le había enviado un mensaje diciéndole que acudiese a la dirección adjunta cuanto antes y allí se encontraban. Con una sonrisa ladeada, Patrick le extendió a Marcus un maletín que este cogió sin entender qué estaba pasando.

—¿Qué es esto? —preguntó Marcus confuso y se dispuso a abrir el maletín, pero Patrick se lo impidió con un rápido movimiento.

—Es la sangre de Sophie, tienes que enviarla a la dirección que hay escrita dentro de este sobre —dijo Patrick extendiéndole al chico el sobre en cuestión, deseando que no hiciese más preguntas al respecto—. Tienes que tener mucho cuidado, ningún frasco debe romperse y el paquete ha de llegar en buen estado a su destino. Si el de la oficina de correos hace preguntas, no dudes en esperarlo a la salida para acabar con él.

—¿No puedes contratar a alguien que lo entregue personalmente? —preguntó Marcus confuso, sabiendo que su amo nunca dejaba nada en manos del azar.

—Nadie puede saber lo que este paquete contiene. Cuanta menos gente haya implicada, mejor —la mirada de Patrick estaba cargada de rabia y

le advertía a Marcus que no quería seguir escuchando su voz.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Marcus mientras miraba como Patrick empezaba a perder los nervios.

—Necesito tener el poder.

CAPÍTULO 17

Será tu funeral

Dos días habían pasado desde que Patrick le había ordenado a Marcus que enviase la sangre de Sophie a Tokio, donde Mike se la administraría a los perros para prepararlos para un posible encuentro con Sophie. Aquella noche, Mike se puso en contacto con su amo para comunicarle que la sangre nunca había llegado y que no sabía cómo calmar la sed de aquellos feroces animales. Enfurecido, Patrick cogió el coche y se plantó en el piso de Marcus. Aporreó la puerta durante horas, hasta que una vecina le amenazó con llamar a la policía y tuvo que irse de allí. Sin saber muy bien hacia donde se dirigía, volvió a subirse al coche y condujo por toda la ciudad sin ser capaz de encontrar a su secuaz. Los nervios empezaban a pasarle factura y tuvo que parar en el arcén para no darse de bruces contra ninguna protección de la autopista. Cuando estuvo algo más relajado, llamó a Leo para ver si podía ayudarle. Después de tres pitidos y dos gritos llenos de desesperación, su secuaz cogió el teléfono, aunque no le dio tiempo a hablar antes de que Patrick empezase a gritar.

—¿Dónde está Marcus?! —gritó Patrick enfurecido, esperando que Leo tuviese la respuesta.

—Hemos salido a tomar unas copas, estamos en el pub al que solían ir cuando todavía eran un grupo unido —al fondo, se escuchó la amarga risa de Marcus.

—Voy para allí.

Sin darle tiempo a responder, Patrick colgó el teléfono, lo arrojó contra el salpicadero y salió del arcén sin preocuparse de los coches que venían en su dirección. En menos de cinco minutos Patrick se encontraba entrando por la puerta de local y, nada más ver a Marcus, se acercó a él echando humo. Una vez estuvo frente a él, lo agarró por el cuello de la

camisa y se lo acercó desafiante a la cara.

—¿Quién te crees que eres para desobedecer mis órdenes? Mike me ha llamado y el maletín no ha llegado —Patrick golpeó con fuerza el rostro de Marcus, provocando que este cayese sobre la mesa armando un gran escándalo.

—El paquete lo envíe el mismo día que me lo diste —dijo Marcus mientras se limpiaba la sangre que emanaba de su labio con una servilleta—. Compruébalo tú mismo —dijo Marcus con desprecio mientras sacaba un arrugado papel de sus pantalones donde se mostraba la realización del envío.

—Te perdonaré por esta vez.

Patrick abandonó el club sin reconocer su error, dejando a sus dos hombres totalmente confusos y sin saber cómo actuar. Decidieron dejar su noche de borrachera para otro día e irse a casa a descansar. Leo insistió en que Marcus se quedase a dormir aquella noche en su apartamento y este no rechistó en ningún momento. Ambos sabían de lo que era capaz Patrick cuando las cosas no salían como él las esperaba y no podían arriesgarse a poner en peligro sus vidas.

Sophie lo tenía decidido: pensaba alejarse de su marido cuanto antes y tenía muy claro cómo iba a hacerlo. Sabiendo que Lorenzo tenía amistad con los mejores jueces del país, le pidió que le tramitase el divorcio para que se lo diesen en rebeldía. Siendo su amigo un agente de policía, nadie haría preguntas y el juez firmaría la sentencia sin pensárselo dos veces. Iba a hacerlo, tenía claro que iba a alejarse de aquel monstruo y nada, ni nadie, podrían detenerla. Le había costado mucho tiempo decidirse, pero por fin sabía que aquella determinación sería la que le llevaría hacia la vida que realmente merecía tener junto a su pequeña. Sophie decidió llamar a Marcus y contarle todo lo que había planeado, esperaba que este le ofreciese su ayuda y le echase una mano con la búsqueda de un piso lo bastante alejado de Barcelona. De aquella forma, Sophie y Lyla estarían lejos de Patrick si este intentaba encontrarlas. Aunque no tenía dinero, su madre le había dejado algo en herencia y usaría aquello para subsistir durante algún tiempo.

—Voy a abandonarle —dijo Sophie en cuanto su amigo descolgó el teléfono y no esperó a que este hablase—. Voy a ponerme en contacto con

Lorenzo y le pediré que tramite el divorcio. Puedo hacerlo, puedo alejarme de él y llevarme lejos de aquí a Lyla.

—Empezaré a buscar algún piso barato lo bastante lejos de aquí. Puedes con esto, Sophie. Y yo estaré a tu lado.

Unos días más tarde al encuentro que había tenido con sus secuaces en aquel club de mala muerte, Patrick le ordenó a Marcus que se presentase cuanto antes en su oficina. El chico, cansado de seguir los pasos de un asesino, apareció allí sin rechistar y se plantó desafiante ante su amo. Patrick le miró de arriba a abajo y empezó a reír con amargura, sabía que Marcus sería un hueso duro de roer. Intentando mantener la calma, se sentó en su escritorio y le observó con mucha atención.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó Marcus con una sonrisa mientras miraba desafiante a Patrick.

—Mike ha recibido la sangre y me ha comentado que no ha saciado la sed de los perros, ¿sabes que ha podido pasar? —Patrick miraba a Marcus con esos ojos de depredador que le caracterizaban, pero no encajaba la sonrisa desafiante de su compañero—. Sabes que puedo destrozarte con tan solo hacer una...

—Estoy cansado de seguir con tu juego, ¿quieres contarle a todo el mundo lo que hice la noche que Matilde murió? —preguntó Marcus interrumpiendo a Patrick con la voz cargada de dolor y sarcasmo—. ¡Hazlo! No tengo nada que perder.

—La sangre que le ha llegado a Mike no es la de Sophie, ¿verdad? —los nervios de Patrick estaban llegando a su punto álgido y no parecía que pudiese contenerse por mucho tiempo.

—No eres tan tonto como parecía —Marcus rio con amargura, sabiendo que se estaba jugando el cuello—. Tus perros disfrutaran muchísimo deleitándose con la sangre de un pobre cordero enfermo.

—Este será tu funeral —amenazó Patrick a Marcus cuando este le dio la espalda.

—Lo estaré esperando con ansias.

Marcus abandonó la estancia dejando a Patrick con la palabra en la boca y la rabia acumulándose en su cuerpo. Nunca le habían plantado, pero

Marcus lo había hecho sin pensárselo dos veces. El chico sabía que a partir de ese momento tendría que ir con mucho cuidado, pero se quedaba conforme al saber que podría proteger de cerca a su amiga. Quizás Patrick le delatase y acabase en la cárcel, pero prefería morir entre rejas que contribuir a hacer sufrir a Sophie. La vida da muchas vueltas y nunca sabes lo que puedes encontrarte, y Marcus no sabía lo que la vida le tenía preparado.

CAPÍTULO 18

La última vez

Tres semanas después.

—Creo que ha llegado el momento de despedirnos —Loren abrazó a Sophie con mucha fuerza y luego besó la frente de Lyla.

—Tened mucho cuidado, acaba con esto cuanto antes y sal de aquí — le dijo Paty mientras repetía la acción de Loren y tomaba en brazos a Christian y Sayer para que se despidiesen de Lyla.

—Nos veremos pronto, prometido —Sophie les sonrió con dulzura, despidiéndose de los pequeños—. Os informaré cuando todo se haya calmado un poco.

—¿Podrás hacerlo? —Loren miró a Sophie y Lyla con tristeza, le daba miedo que su hermano pudiese hacerles daño.

—Sí, Lorenzo ha conseguido arreglarme los papeles y ya los tengo en mi poder. A partir de hoy dejo de ser oficialmente la esposa de ese tarado — explicó Sophie mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—. Mañana me enfrentaré a él y será la última vez que le vea.

—Pase lo que pase, no olvides que siempre podrás contar con nosotras —dijo Loren mientras le daba un rápido abrazo a Sophie y volvía a despedirse de su sobrina—. Haremos todo lo posible porque los niños se mantengan en contacto.

Loren y Paty, quienes se habían convertido en la familia de Sophie, cogieron a sus niños y abandonaron el apartamento de Marcus, para alejarse de la ciudad lo antes posible. Patrick les había llevado a todos al límite y Sophie no iba a permitir que nadie más sufriese sus abusos. Lo tenía decidido, acabaría con él y se despediría de su antigua vida para empezar de nuevo junto a su pequeña. Nunca las encontraría y ella se encargaría de que

su hija fuese feliz.

Estaba preparada, pero antes quiso visitar a su padre, después de tres meses sin apenas saber de él, y explicarle ella misma lo que estaba pasando en su vida. Cuando llegó al piso de su padre, se encontró con Marcus en el salón y sonrió al darse cuenta de lo mucho que su mejor amigo la conocía. Con un asentimiento de cabeza, Marcus se levantó y cogió a Lyla en brazos para dejarles intimidad a Sophie y Robert. En cuanto su padre la vio, sus ojos se llenaron de lágrimas y abrazó a su hija con mucha añoranza.

—Pensé que te habrías olvidado de mi —dijo Robert con una débil sonrisa, mientras intentaba secarse las lágrimas que corrían por su rostro.

—Nunca me olvidaría de ti papá —Sophie suspiró y acompañó a su padre hasta el sofá. No estaba preparada para contarle toda la verdad, pero tenía que hacerlo si quería irse en paz.

—¿Vas a contarme qué ha estado pasando? —Robert miró a su hija con tristeza y acarició su mejilla, donde un morado había empezado a formarse.

—Patrick me ha tenido retenida en casa sin poder salir nada más que con su hermana y sin poder comunicarme con nadie. Ha estado abusando de mí... —explicó Sophie con la voz cargada de rabia, intentando no llorar para seguir adelante—. Ha estado abusando de mí pero todo ha llegado a su fin, Lorenzo me ha arreglado el divorcio y hoy mismo me voy de la ciudad con Marcus. Me mata dejarte solo, pero no puedo seguir poniendo mi vida y la de Lyla en peligro —las lágrimas corrían rápidas por el rostro de Sophie y su padre las retiró con delicadeza.

—Sé que eres lo bastante lista y fuerte, y si no le has denunciado y has decidido huir, puedo imaginarme que razones tienes de sobra —dijo Robert con una triste sonrisa, mientras tomaba las manos de su hija—. Ve, yo estaré bien. Y estaremos en contacto. No me perdonaría si algo os pasase. Espero no encontrarme nunca a ese cabrón por la calle, no creo que pudiese...

—¡No! —gritó Sophie alarmada mientras miraba fijamente a los ojos a su padre—. Tienes que escuchar muy bien lo que voy a decirte: si no le he denunciado es porque tiene la ayuda de varias mafias y podría matarnos si la

policía descubre toda la mierda que tiene entre manos —el padre de Sophie apretaba los puños con fuerza, pero la chica le hizo relajarse acariciando sus manos con suavidad—. Tienes que confiar en mí y mantenerte al margen, así todos estaremos a salvo.

—Tenemos que irnos —dijo Marcus entrando en la sala con Lyla en sus brazos—. Patrick está a punto de salir de la oficina y no puede enterarse de que has venido a informar a tu padre.

—Está bien —dijo Sophie con un suspiro mientras abrazaba a su padre con todas sus fuerzas—. Te quiero, prométeme que no harás ninguna tontería.

—Te lo prometo, pequeña. Te quiero —Robert abrazaba a su hija con fuerza, sabía que era difícil que la volviese a ver—. Cuida de ellas, por favor —le dijo a Marcus cuando este se acercó a despedirse.

—Con mi vida.

El coche de Marcus se encontraba estacionado al otro lado de la calle donde Patrick tenía la oficina. Cuando le vieron salir, Marcus se deshizo de su cinturón para salir del coche, pero Sophie le detuvo poniéndole la mano sobre el brazo.

—Necesito hacer esto sola —le dijo Sophie a Marcus mientras abría la puerta del coche y le echaba una mirada a Lyla para cerciorarse de que iba cómoda en el portabebés que habían adquirido de segunda mano.

—No me moveré de aquí.

Sophie cerró la puerta del copiloto y cruzó la calle para encontrarse con un solitario Patrick. Este la recibió con una cínica sonrisa y se acercó a Sophie para saludarla con un beso en la mejilla, pero esta le frenó estampándole un sobre sobre el pecho. Confuso, Patrick abrió el sobre y leyó con mucha atención el papel que contenía. Las manos del muchacho empezaron a temblar por la rabia que empezaba a crecer en su interior y no pudo evitar que su voz saliese impregnada de odio.

—¿Qué es esto? —preguntó enfurecido mientras rompía en cientos de pedazos el papel que Sophie le había entregado—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Lorenzo tienes buenos contactos. Hemos conseguido que me den el divorcio por rebeldía y pierdes todos los derechos que pudieses tener sobre

Lyla por ser su padre —la voz de Sophie sonaba distante y luchaba porque las lágrimas no se derramasen de sus ojos—. He luchado mucho por lo que tengo y no pienso perderlo.

—Vas a pagar por esto, no vas a conseguir que me aleje de ti. No sabes de lo que...

—¡¡Vámonos!! —gritó Marcus a pleno pulmón mientras estacionaba frente a ellos, interrumpiendo a Patrick mientras abría, desde el asiento del conductor, la puerta del copiloto, esperando que su amiga entrase lo más rápido posible al vehículo.

Los ojos de Sophie se llenaron de lágrimas mientras se subía al coche conducido por Marcus, quien arrancó rápidamente cuando su amiga estuvo acomodada y con el cinturón puesto. No quería mirar atrás, pero cuando lo hizo se encontró con un enfurecido Patrick corriendo detrás del coche, mientras le gritaba las palabras que rompieron las ilusiones de poder llegar a ser feliz que Sophie había ideado al conseguir el divorcio en miles de pedazos.

—¡Haré cualquier cosa por recuperar a mi hija, no vas a deshacerte tan pronto de mí. Firmaste tu sentencia cuando decidiste unirme a mí en matrimonio y no te librarás tan pronto de tu desdicha.

Patrick había perdido lo poco que tenía en cuestión de segundos y sabía que no dejaría de luchar hasta que Sophie sufriese por todo lo que había sido capaz de hacerle. Apresuradamente, y después de destrozar varios objetos de dominio público, se dirigió al apartamento de su fiel seguidor para asegurarse de que este seguía de su lado. Cuando Leo le abrió la puerta y le dejó pasar, supo que a pesar de todo él siempre estaría de su parte. Después de dar varias vueltas por el salón de su secuaz y de estirarse el pelo con furia, miró a Leo con una sonrisa que causaba pavor.

—Síguelas —le pidió tajantemente, deseando que no se enfrentase a él—. Manténme informado de todo lo que hacen, dejaré que Lyla crezca segura y que Sophie confíe en que yo he desaparecido del mapa —el cuerpo de Leo temblaba, sabía que Marcus no podría protegerlas durante toda la vida—. Cuando menos se lo esperen, me llevaré a mi hija lejos y Sophie no aguantará el dolor que le causará no volver a saber nada de ella.

SEIS AÑOS DESPUÉS

—Y Blancanieves aún dormía cuando el príncipe apareció para...

ÍNDICE

PRÓLOGO1

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 313

CAPÍTULO 418

CAPÍTULO 523

CAPÍTULO 628

CAPÍTULO 734

CAPÍTULO 839

CAPÍTULO 944

CAPÍTULO 1049

CAPÍTULO 1155

CAPÍTULO 1260

CAPÍTULO 1365

CAPÍTULO 1470

CAPÍTULO 1575

CAPÍTULO 1681

CAPÍTULO 1785

CAPÍTULO 1889

AGRADECIMIENTOS

Antes de nada, quiero agradecer la ayuda de seis personas que son quienes me han empujado a sacar este libro adelante. Mis lectoras cero han tenido una enorme paciencia conmigo y me han convencido de que el libro tenía que salir a la luz, así que gracias a Elisenda, Eva, María Isabel, María, Silvia y Lory, que además me ha corregido el libro para que llegue perfecto a vuestras manos.

Como siempre, quiero agradecerle a mis soñadores que estén a mi lado y que no me dejan abandonar cuando creo que ha llegado el momento de hacerlo. Gracias a vosotros he llegado donde estoy y pienso seguir luchando para regalaros más historias que os hagan soñar.

A mi familia, que siempre está al pie del cañón para que siga persiguiendo mi sueño y que no lo deje por nada del mundo. Ellos, sobretodo mi madre, son quienes me han empujado desde pequeña a luchar por lo que quería y por eso estoy aquí hoy poniendo el punto y final a una nueva historia.

Por último quiero darle las gracias a mi mejor amiga, Cinta Ferré, que me da la lata para que no me distraiga mientras trabajo. Gracias a ella hoy tenéis este libro en vuestras manos, sino quien sabe cuándo hubiese conseguido terminarlo.

